



GUÍA DE LOS CASTROS VISITABLES EN EL ENTORNO DE ÁVILA

J. Francisco Fabián García



Diputación Provincial de Ávila
INSTITUCIÓN "GRAN DUQUE DE ALBA"

de Alba
9) "638"

adernos de
rimonio Abulense | Nº 9

- 1 Verracos. Esculturas zoomorfas
en la provincia de Ávila**

Jesús Álvarez-Sanchís

- 2 Castro de La Mesa de Miranda
Chamartín, Ávila**

J. Francisco Fabián García

- 3 Castro de Ulaca
Solosancho, Ávila**

Gonzalo Ruiz Zapatero

- 4 Castro de Las Cogotas
Cardenosa, Ávila**

Rosa Ruiz Entrecanales

- 5 Castro de El Raso
Candeleda, Ávila**

Fernando Fernández Gómez

- 6 Castro de Los Castillejos
Sanborreja, Ávila**

Fco. Javier González-Tablas Sastre

- 7 Castro de Las Paredejas
Medinilla, Ávila**

J. Francisco Fabián García



Institución Gran Duque de Alba

CDU 903.2(460.189) "638"

GUÍA DE LOS CASTROS VISITABLES EN EL ENTORNO DE ÁVILA



P Cuadernos de
Patrimonio Abulense



Diputación Provincial de Ávila
INSTITUCIÓN "GRAN DUQUE DE ALBA"

Edita

Institución "Gran Duque de Alba"
Diputación de Ávila

Diseño y maquetación

ZINK soluciones creativas

Cartografía

Celestino Leralta de Matías

Imprime

Imcodávila, S.A.

Depósito legal: AV-108-2006

I.S.B.N.: 84-96433-08-0: Obra completa

I.S.B.N.: 84-96433-28-5: Nº 9

Presentación

La Historia es el relato y la interpretación de la vida del hombre en los sitios y a lo largo del tiempo. Conocerla es algo consustancial al ser humano. Ni siquiera en los tiempos más antiguos nuestra especie ha querido ser ajena a su pasado. No puede negarse que esa es una de las realidades con más sentido común de nuestra especie. Después de vivirla, el ser humano tiene la irresistible inclinación a no olvidarla, incluso cuando le ha sido adversa. Con la Historia como bagaje particular y luego social, el hombre transcurre en su existencia a lo largo de los siglos y los milenios. Aunque su impulso principal es mirar hacia adelante, nunca deja de mirar hacia atrás. Lo hace para aprender y para no sentir la soledad que implicaría no percibir el largo recorrido de su especie a través de los mil caminos que le han llevado inevitablemente hasta el presente. En todo su enorme compendio, la Historia ha sido abordada por el ser humano de muchas formas para explicarla y transmitirla. También eso forma parte de su peregrinaje por la vida.

A pesar de que jamás el hombre ha querido olvidar su historia, nunca los tiempos fueron tan favorables a conservarla como son los nuestros actuales. Lo son por sus adelantos, tecnologías y planteamientos de estudio. Nunca como ahora el hombre ha tenido tanto en su mano para dar a conocer la historia pasada, de ahí que exista y deba seguir existiendo sin descanso un deseo de hacer por el pasado un gran esfuerzo, recuperándolo físicamente y difundiéndolo. En este sentido la Diputación de Ávila hace algunos años decidió emprender un camino del que nunca se ha arrepentido y en el que mantiene un firme compromiso por continuar, consciente de que implica una inversión para la provincia y de que contribuye a la dignificación y difusión de elementos de nuestra historia que no pueden permanecer ocultos y desconocidos.

La guía que tienes en tus manos es un complemento necesario a la puesta en valor de estos lugares, considerando a la ciudad de Ávila como punto de partida. Ávila es cada año un centro de peregrinaje turístico que la transforma en un lugar alegre y variopinto. La visita a los castros de su entorno la contempla el autor como un complemento hacia lo

más antiguo, hacia lo anterior a Ávila, para disfrute de aquello, particularmente y como ayuda para entender el surgimiento de la ciudad. Buena idea sin duda, puesto que nada vendrá mejor al visitante que busca Historia que conocer todo lo más posible, todo lo más antiguo que se pueda de los sitios, entendiendo mejor nuestra trayectoria a lo largo del tiempo, con sus glorias y vicisitudes.

Buen conocedor de la arqueología de la provincia, por su trabajo como responsable del Patrimonio Arqueológico desde la Junta de Castilla y León en Ávila y miembro de número en la sección de Historia de la Institución Gran Duque de Alba, el autor ha proyectado en esta guía su entusiasmo por mostrar la Arqueología de una forma concisa, que sirve para informar al visitante de lo esencial de estos castros. De su mano podremos recorrer aquellas ruinas que forjaron la base de los tiempos actuales y de paso disfrutar de los paisajes de esta provincia, en los que seguramente no es casual que fueran ubicados nuestros castros de Ulaca, La Mesa de Miranda y Las Cogotas. Deseamos que esta guía te acompañe a entenderlo todo mejor e incluso a volver, para descubrir nuevos aspectos de los que siempre se descubren en los lugares antiguos.

Agustín González González

PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN DE ÁVILA

Introducción

La guía que tienes en tus manos pretende ayudarte en la visita a los castros del entorno de la ciudad de Ávila. En la provincia de Ávila hay más castros de la Edad del Hierro, pero se encuentran en puntos alejados de la capital o no están adecuados para la visita pública todavía. Con este volumen hemos querido, por una parte, darte a conocer una oferta complementaria a la visita de una ciudad declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO y por otra, que el conocimiento de los castros de Ulaca, Las Cogotas y La Mesa de Miranda te ayuden a entender mejor la ciudad de Ávila, cuya fundación parece que tuvo mucho que ver con la despoblación de tales castros, cuando ya toda esta zona era una parte del imperio romano. Creemos que la secuencia continuada compuesta por los castros de la segunda Edad del Hierro, la época romana, la medieval, la Edad Moderna y la Contemporánea es una buena lección sobre la trayectoria de los 2.500 últimos años. Si te interesa mucho la Historia comprenderás nuestro deseo de hacértela ver como un proceso continuado, en que para este caso tendríamos que dividir tu visita en dos partes: lo anterior a Ávila y Ávila, fundada según todos los datos manejados actualmente hacia la mitad del siglo I a.C. tras las guerras civiles romanas que tuvieron como escenario la Península Ibérica.

El punto de partida de tu visita a los tres castros que te proponemos puede ser Ávila. Ávila es una ciudad con una larga historia. Como consecuencia de ello y de su importancia han quedado grandes testimonios en forma de monumentos desde la Edad Media en adelante. Ha quedado también el sabor antiguo de haber sido el lugar donde vivieron personajes de una gran relevancia, como Santa Teresa de Jesús y por donde pasaron reyes.

Ávila fue ciudad romana desde mediados del siglo I a.C., siendo posiblemente su origen el establecimiento de un campamento romano que habría dejado su huella en la posterior configuración del trazado de la muralla medieval o al menos de una parte de ella. Si bien es verdad que no alcanzó aquella ciudad romana el renombre y la trascendencia de otras en la Hispania romana, Obila aparece citada ya como un punto

de referencia. Tal vez fue un centro político-administrativo para la reorganización de las gentes procedentes de los castros del entorno en un momento en que se integraban a la estructura del imperio romano. Las numerosas excavaciones realizadas en la ciudad como consecuencia de la sustitución de edificios han proporcionado ya datos suficientes para reconstruir al menos en líneas generales su trayectoria en aquella época. Su esplendor mayor parece que estará en los siglos I-II de nuestra era. Se construyen en ese momento edificios de una cierta entidad, a la par que llegan a la ciudad cerámicas y otros objetos de lujo que indican la existencia de una clase alta pudiente que la administra y gobierna. De ese momento es una necrópolis de incineración cuyos testimonios en forma de estelas con inscripciones, cápsulas para contener las cenizas (*cistas y cupas*) o pequeñas esculturas zoomorfas de piedra se encuentran embutidas en la muralla medieval como elemento constructivo. A partir del siglo III se observa una lenta crisis, en la que la ciudad parece que conoce una transformación desapareciendo algunos de los edificios que habían sido importantes en la época anterior. La época visigoda parece ser una prolongación de la lenta decadencia anterior. La invasión árabe del siglo VIII y la posterior ocupación de la ciudad no dejarán huellas evidentes. Es a partir de la conquista de esta zona por los cristianos en el siglo XI cuando comienza una etapa de gran transcendencia para la ciudad tanto desde el punto de vista histórico como en cuanto a los monumentos que esa historia ha dejado tras su paso. Las propias murallas, fundamento de su declaración como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, la catedral, las pequeñas iglesias románicas, la basílica de San Vicente o el Episcopio constituyen muestras elocuentes del paso de Ávila por la plena y baja Edad Media. Conviven en la ciudad en este momento tres etnias: moros, judíos y cristianos, estos, lógicamente como dominantes. Su importancia no declina en el principio de la Edad Moderna. Al contrario, Ávila se convierte a finales del siglo XV y durante el siglo XVI en una ciudad donde tienen su residencia nobles con gran poder e influencia, donde pasan temporadas reyes y donde el clero completa el círculo de poder. De este momento quedan en Ávila muchos testimonios en forma de palacios que se descubren con facilidad a lo largo de los paseos por la zona media y alta del casco antiguo. Es el tiempo de la mística y por tanto de la vida y la obra de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz.

A partir del siglo XVII Ávila conoce una gran decadencia respecto a lo que había sido, manteniéndose en un estado de estancamiento hasta el siglo XX.

Como consecuencia de toda esta historia de tantos siglos, Ávila vive en mucho de la exhibición de sus testimonios, por lo que además de sus monumentos existen museos de distinta temática y centros de interpretación que amplían su oferta. Completa la visita, finalmente, su gastronomía, donde las carnes tienen fama nacional, entre otros productos no menos exquisitos.

Los tres castros que aparecen en esta guía (Ulaca, La Mesa de Miranda y Las Cogotas se encuentran a distancias cercanas de la ciudad (23, 25 y 10 km respectivamente), por lo que constituyen un complemento cómodo de la visita a Ávila, si se prefiere que sean un complemento y no un punto directo de destino.

Los tres se encuentran acondicionados para la visita pública. La entrada es libre y gratuita durante todos los días del año.

Todos ellos se encuentran en ambientes naturales muy representativos del paisaje de esta zona de la Meseta, donde el granito y la encina adquieren un vistoso y relajante protagonismo. Por tanto la visita a estos lugares debe implicar el disfrute de la Naturaleza y de la Historia, ambas en un todo que conformó los tiempos pasados y es ahora un privilegio para el presente. Por todo ello la visita debe ser concebida como una inmersión en esos dos mundos, para disfrutar de ambos por igual.





El Centro de Interpretación de la Cultura Vettona en Ávila

Se encuentra instalado en pleno centro histórico de la ciudad (Plaza del Corral de Campanas), en los sótanos del Torreón de los Guzmanes, sede de la Diputación de Ávila. Al ser la provincia de Ávila, junto con la de Salamanca, centro neurálgico del pueblo vettón, este lugar pretende ser la primera toma de contacto antes de organizar cualquier visita a los castros abulenses.

A través de varias salas consecutivas, el visitante va introduciéndose en la vida y cultura de aquellos pueblos prerromanos que habitaron los castros abulenses y salmantinos, recorriendo su vida cotidiana, su arte, sus costumbres funerarias o una de sus manifestaciones



Torreón de Los Guzmanes. Sede del Centro de Interpretación de la Cultura Vettona.





J. R. San Sebastian

más genuinas: las esculturas zoomorfas en piedra, representando toros y cerdos. La exposición se realiza a través de paneles explicativos, de numerosos elementos multimedia fijos e interactivos, recreaciones, maquetas, reproducciones de piezas y un aula para proyección audiovisual. También hay una zona donde se llevan cabo exposiciones temáticas sobre aspectos y circunstancias de los pueblos prerromanos de la península Ibérica con el fin de completar la visión general de Iberia en el final de la Edad del Hierro y durante la romanización.





EL TIEMPO DE LOS CASTROS

Ambientación histórica

La guía de los castros visitables del entorno de Ávila tiene que ver con los restos de un pasado que sucedió hace 2.500-2.000 años. Ese tiempo se conoce como la Segunda Edad del Hierro, es decir la etapa inmediatamente anterior a la conquista romana de la Península Ibérica y también en las décadas inmediatas.

Esta será una escueta ambientación histórica para situarte en el tiempo y en el espacio. De esta forma tu visita a los castros abulenses será más completa, porque conocerás lo que vivieron esos restos, hoy arqueológicos y ayer llenos de vida. No debes olvidar que la arqueología no es otra cosa que los restos que deja la historia.

Lo primero que debes conocer es lo que significa la palabra *castro*. Un castro es un yacimiento arqueológico en un lugar elevado y escarpado que conserva murallas y otros testimonios defensivos. Yacimientos con estas características se dan en distintos momentos de la Prehistoria, pero normalmente cuando hablamos de *castros* nos referimos a los poblados típicos de la Edad del Hierro, todos ellos dentro del mismo estereotipo general: en lugares altos y escarpados, rodeados de murallas y con cierta envergadura. Este siempre es el modelo para los abulenses.

■ Antes del tiempo de los castros

Previamente a la fundación de los castros abulenses, las gentes que venían poblando de forma continuada esta zona de la Meseta desde el 4000 a. C. habían conocido una lenta evolución, acelerada poco antes de mediados del siglo V a.C.

■ Los Vettones. Gentes de la II Edad del Hierro

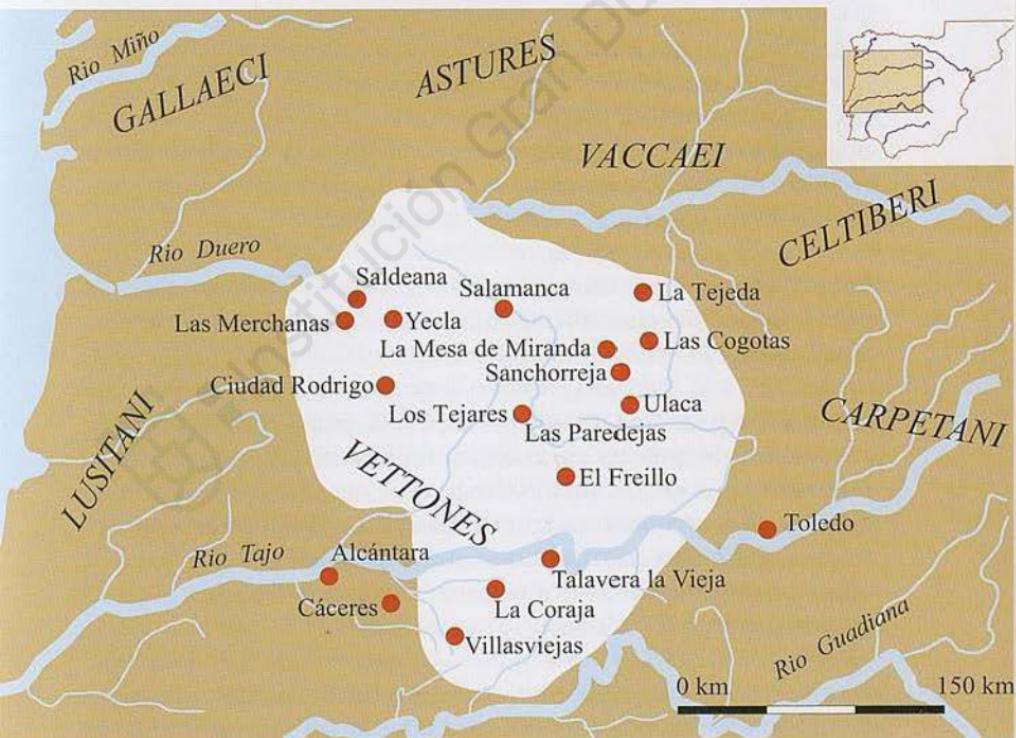
Los habitantes de los castros de La Mesa de Miranda, de Los Casilleros, de Ulaca y de Las Cogotas pertenecían al pueblo vettón, a quien se le atribuyen raíces o connotaciones indoeuropeas. El significado de la denominación vettón se desconoce, tampoco se sabe si ellos se identificaban en conjunto como tales, diferenciándose así de los demás pueblos. Su nombre es conocido a través de las crónicas romanas.

La Península Ibérica era en el siglo V a.C. un mosaico de pueblos y el vettón era uno de tantos. Geógrafos e historiadores romanos contaron en sus crónicas muchos detalles de los pueblos hispanos. Aunque este tipo de fuentes contienen bastantes imprecisiones, al no ser en muchos casos de primera mano, parece que los vettones se extendían por las actuales provincias de Ávila, Salamanca, Cáceres, parte de la de Toledo y posiblemente la zona Norte de la de Badajoz. Ello se ha concretado a partir de las descripciones de cronistas como Estrabón, Ptolomeo o Plinio, que a su vez habían manejado fuentes anteriores. También podría haber sido el territorio vettón en realidad el área donde se encuentran concentradas las esculturas zoomorfas conocidas como *verracos* o *toros de piedra*, es decir el circunscrito a las provincias de Ávila, Salamanca, parte de la de Zamora, norte de Cáceres, parte de la de Toledo y parte del Tras-os-Montes portugués. En ese caso, la provincia de Ávila estaría en el centro del territorio y del que procede el mayor número de hallazgos de este tipo.

En las crónicas de los conflictos bélicos ligados a la presencia romana en Hispania se describe a los vettones asociados frecuentemente con los vecinos lusitanos, pero también con otros pueblos limítrofes de la cuenca del Duero, como vacceos y celtíberos, siempre en coalición contra los romanos. La asociación con los lusitanos parece que era más frecuente. En numerosas ocasiones, acuciados por la necesidad y las desigualdades sociales, grupos de vettones y de lusitanos saquearon ciudades ricas del Guadalquivir bajo el dominio romano. Estos hechos motivaron campañas de castigo e incluso pretextos para guerras organizadas,

como las Guerras Celtibéricas que se desarrollaron entre los años 155 y 133 a.C., finalizando con el sometimiento de los pueblos del interior, entre ellos los vettones.

El historiador romano Plinio en el siglo I citó la existencia de una planta denominada *hierba vettónica* cuyos poderes curativos eran muy conocidos. Evidentemente, con tal denominación debe entenderse que era propia del territorio vettón. Se sabe de su uso al menos hasta el siglo V. Era utilizada como remedio para las mordeduras de serpientes, de mono y de hombre, contra los dolores de pecho y costado, bebida digestiva, para cortar el lagrimeo, contra las hemorragias nasales... etc.



■ Hechos históricos por los que pasaron los vettones

Las fuentes históricas y las arqueológicas unidas han permitido a los investigadores reconstruir la historia que pudo afectar a las gentes vettonas durante la segunda mitad del primer milenio antes de nuestra era. Las gentes que vivieron en los castros abulenses que figuran en esta guía conocieron esos hechos. Para imaginar mejor la realidad que tuvo que vivirse haremos un repaso de aquellas circunstancias que determinaron en buena medida la vida y los componentes del castro.

Roma y Cartago eran las dos potencias más importantes en el Mediterráneo durante el siglo III a.C. Ello motivó su inevitable colisión, puesto que los intereses de ambas eran expansionistas y giraban en torno a las mismas intenciones de fondo. Por estas causas surgieron las llamadas guerras púnicas, la primera de las cuales tuvo lugar en el 264 a.C., finalizando en el 241 a.C. sin que se viera afectada la península Ibérica en las operaciones militares. Antes de esa fecha todos los castros abulenses habían sido ya fundados y previsiblemente estaban al tanto de la existencia de ambas potencias y de sus litigios, sobre todo porque la presencia cartaginesa, en forma de expediciones comerciales y de colonias en la costa levantina y andaluza, hacia que llegaran sus productos e influencias hasta las tierras del interior.

Entre la primera Guerra Púnica y la segunda habrá un periodo de paz en el cual Cartago inicia la conquista de la península Ibérica, acuciado por la crisis desatada tras su derrota. Eso sucede a partir del 237 a.C. Tal cosa implicó una serie de operaciones que pondrán en guardia a toda la población hispana, pero sobre todo a la zona sur, sureste y costa levantina, que será conquistada. Es el momento en el que aquellos asentamientos fuera de la zona de máximas operaciones que no tuvieran murallas, las construirán a toda prisa como prevención ante la conquista por parte de un enemigo poderoso. Es la época de los generales cartagineses Amílcar, Asdrúbal y Aníbal.

Será precisamente Aníbal quien lleve a cabo una serie de expediciones a la Meseta, que sin duda debieron afectar a lugares

como el castro de La Mesa de Miranda, Ulaca o Las Paredes, puesto que llegó hasta territorio de los vacceos, en el valle del Duero. Por el momento no conocemos con datos fehacientes si estas expediciones militares tuvieron algún efecto sobre nuestros castros. El hecho de que tuviera efecto en la vecina *Helmantiké* o Salmantica (actual Salamanca) con el saqueo de la ciudad en el 220 a.C., hace previsible la idea de que lo tuvieran también los castros abulenses.

Entre el 218 y el 202 a.C. romanos y cartagineses van a enzarzarse de nuevo en una guerra, será la conocida como Segunda Guerra Púnica, en la que uno de los escenarios será la península Ibérica, un territorio codiciado por ambos. De esta forma en el 218 a.C. desembarca en Ampurias Cneo Escipión iniciándose la conquista romana de la península Ibérica, que finalizará casi 200 años después. Será en ese periodo de tiempo cuando los castros abulenses vivan su etapa más trascendental.



Ganada la guerra, expulsados los cartagineses finalmente de la península y eliminada por tanto su base de sustentación y competencia con Roma, la conquista romana será un hecho lento y progresivo, en principio con el pretexto de liberar a los nativos del yugo cartaginés. El avance de la conquista fue de este/sureste a oeste/suroeste. Una de las mayores preocupaciones de los romanos era la de asegurar el territorio conquistado y su consiguiente explotación económica. Lo era porque con frecuencia pueblos de la Meseta, entre los que se encontraban fundamentalmente los lusitanos y los vettones, solían hacer expediciones de saqueo a las ricas ciudades del valle del Guadalquivir dominadas por los romanos. Las desigualdades sociales en los pueblos meseteños, la precariedad de los recursos, a veces limitados por el crecimiento demográfico, mantenía vivas las tradiciones guerreras de estas gentes, entre las que se encontraban los habitantes de los castros abulenses en el entorno de la actual



ciudad de Ávila. Son significativos al respecto los textos de autores antiguos como Diodoro de Sicilia y Estrabón. Diodoro comenta lo siguiente:

“...hay una costumbre muy propia de los iberos, más sobre todo de los lusitanos y es que

cuando alcanzan la edad adulta aquellos que se encuentran más apurados de recursos, pero destacan por el vigor de sus cuerpos y su denuedo, proveyéndose de valor y de armas, van a reunirse en las asperezas de los montes; allí forman bandas considerables que recorren Iberia, acumulando riquezas con el robo, y ello lo hacen con el más completo desprecio a todo...”

Estrabón describe a estas tribus así:

“...las que habitan un suelo pobre y carente de lo más necesario, habían de desear los bienes de los otros (...). La mayor parte de estas tribus han renunciado a vivir de la tierra para medrar con el bandidaje, en luchas continuas mantenidas entre ellas mismas o, atravesando el Tajo, con las tribus vecinas (...). Como éstas tenían que abandonar sus propias labores para rechazar a los de las montañas, hubieron de cambiar el cuidado de los campos por la milicia y, en consecuencia, la tierra no sólo dejó de producir incluso aquellos frutos que crecían espontáneos, sino que además se pobló de ladrones...”

Este ambiente, fuera demasiado exagerado o no por los cronistas, tuvo que implicar a las gentes de los castros abulenses, emplazadas generalmente en una zona donde los recursos no son demasiado abundantes como para soportar problemas tales como sequías, guerras o bruscos aumentos de la población.

Al menos desde el 194 a.C. hay constancia de expediciones de saqueo lusitanas a la zona del Guadalquivir. Es probable que los

vettones, a menudo aliados de los lusitanos, participaran en ello. Este clima de inestabilidad que propiciaban provocó la reacción de los romanos, que entre otras cosas tuvieron un pretexto para llegar hasta la Meseta y tomar conciencia de los recursos que podían serles útiles. Así, hay campañas diversas como las de los pretores L. Postumio Albino y Tito Sempronio Graco en el 180 a.C. contra los lusitanos. Esta expedición militar no se conoce en cuanto y en qué pudo afectar a los castros abulenses. Aún en el caso de que no hubieran tenido participación directa en los hechos, el ambiente de inseguridad tuvo que afectarles. Muy probablemente a este tiempo y a sus circunstancias, corresponde la construcción de recintos complementarios en algunos castros que implicaban aún más posibilidades de seguridad para los habitantes del castro, algo que da idea del ambiente y de los temores que se vivían.

Entre el 155 y el 133 a.C. tienen lugar las llamadas Guerras Celtilero-Lusitanas en las que los vettones van a jugar un papel importante al lado de los lusitanos. Con toda seguridad grandes asentamientos como el castro de La Mesa de Miranda, Ulaca o El Freillo, hubieron de participar de todas las formas posibles en la contienda, tanto aportando guerreros como sufriendo las consecuencias de la guerra, en medio de un clima de inseguridad que queda patente en su sistema defensivo. Éste va a ser el tiempo del caudillo lusitano Viriato que tantos problemas dio a los romanos. Todo había comenzado por la frecuencia, de nuevo, de los saqueos lusitanos y vettones en el sur a partir del 155 a.C. Posiblemente esa será la causa principal de las primeras refriegas, una de las cuales supone la severa derrota del ejército del pretor romano L. Manlio, con 9.000 bajas, a manos de la coalición lusitano-vettona mandada por el caudillo Púnico.

En el 150 a.C. el pretor Galva, bajo la promesa de repartir tierras reúne a 30.000 lusitanos, entre los que previsiblemente había también vettones, pues las condiciones de vida eran las mismas y actuaban asociados en todo, aunque fueran pueblos descritos como distintos. Les reúne en tres campamentos, les convence de su desarme y ordena la matanza de muchos de ellos y la esclavización del resto. Ello supone de nuevo un acrecentamiento de

la tensión. La indignación lusitana (y previsiblemente también vettona) va a encumbrar a Viriato y con él el hostigamiento continuo a las tropas romanas a partir del 147 a.C. y durante los seis años siguientes, aliado con los pueblos vecinos. Este tiempo hubo de ser el de máxima inseguridad para los castros abulenses como La Mesa de Miranda, Ulaca, El Freillo, Las Paredejas o Las Cogotas conectándose tal vez entre sí para hacer frente común a los ejércitos romanos, más poderosos en la lucha a campo abierto.

En el 139 a.C. es asesinado Viriato. En el 138 a.C. el romano Décimo Junio Bruto lleva a cabo una campaña militar que le lleva victorioso hasta el otro lado del Duero. Ello implica que el territorio vettón quedaba bajo el control romano desde ese momento. Aunque las guerras celtíbero-lusitanas no van a terminar hasta el 133 a.C. con la toma de Numantia, puede pensarse que los castros abulenses van a conocer en este momento una situación crucial en su historia. Las futuras investigaciones aclararán si la victoria romana se produjo por la vía diplomática, a través de la rendición pacificada o fue por la fuerza, lo cual provocaría grandes desastres. En cualquier caso hubo de vivirse una situación difícil que fue, o bien el final de los castros, o el principio de un fin que se produciría casi un siglo después.

Muchos de los establecimientos vettones prerromanos van a seguir habitados aunque ya bajo el control romano. Otros serán desalojados y desplazada su población e incluso aniquilada, puesto que la venganza por ese procedimiento de los vencedores solía acarrear tales acciones. Donde no fueran expulsados sus habitantes, con seguridad fueron inutilizadas sus murallas. Si fue de ese modo, su decadencia se inició en estos momentos y puede que fuera paulatina hasta las Guerras Civiles, a partir de las cuales se produjo el definitivo abandono.

Los castros que permanecieron habitados todavía entre el 82 y el 72 a.C., hubieron de conocer las llamadas *Guerras Sertorianas*, la primera parte de las guerras civiles que enfrentaban por el poder a dos facciones dentro del seno del imperio romano. En las Guerras Sertorianas, se enfrentaban los partidarios de Sila y los de Mario. Sertorio, partidario del segundo, organizó en Hispania

un ejército de romanos y lusitanos, en el que previsiblemente estarían también los vettones, menos protagonistas siempre por la mayor importancia de los lusitanos. Se piensa que Sertorio fue capaz de captarlos para su causa por la esperanza de respiro que suponía en la asfixia explotadora a que se estaba sometiendo a los pueblos de interior, de por sí ya expuestos desde siempre a la escasez habitando tierras pobres. La derrota de Sertorio hubo de suponer un agravante de la situación, con claros reflejos en los castros abulenses todavía habitados. Y si tampoco fue abandonado a raíz de aquella derrota, lo sería sin duda a partir del fin de la segunda guerra civil, que se libró entre el 49 y el 44 a.C. en Hispania entre los partidarios de César y Pompeyo, en el que nuevamente los habitantes de estos castros apostaron por el perdedor.



Si los datos que conocemos hasta el momento son ciertos, será, como muy tarde a partir de ahora, cuando estos castros serán abandonados. Lo serán en favor de pequeños asentamientos en zonas llanas cercanas a los ríos, sin preocupación defensiva natural, sin defensas artificiales, constituyendo la historia de un tiempo nuevo en el que sin duda no van a dejar de ser vettones, pero serán ya vettones romanos, vettones integrados en el sistema político, administrativo y económico del imperio romano.

Los castros abulenses empezarían a convertirse paulatinamente desde aquellos momentos en yacimientos arqueológicos, en un cúmulo de ruinas en proceso de cubrición por el tiempo y por la naturaleza, olvidándose todo lo que se vivió en ellos y hasta su nombre. Con los siglos sólo quedaría la evidencia de que fueron lugares poblados por gentes muy antiguas, dando lugar a leyendas de todo tipo que buscaban interpretar su historia a partir de la ruina que representaban.

Para saber más sobre los vettones y su tiempo

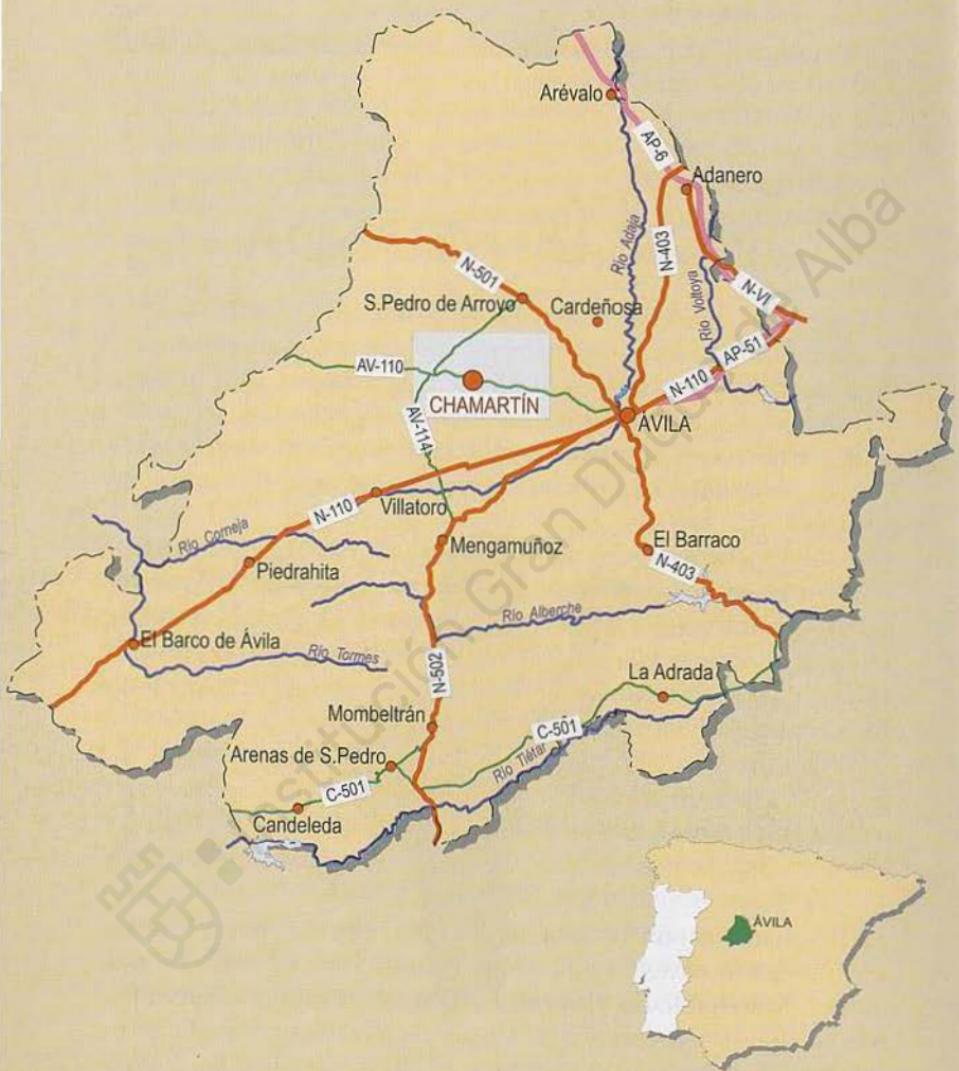
■ Obras generales sobre los Vettones

- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R.: *Los Vettones*. Real Academia de la Historia. Madrid. 1999. (Constituye un compendio científico muy completo del pueblo vettón con todo su desarrollo y manifestaciones arqueológicas. 423 págs. Puede encontrarse fácilmente en librerías especializadas y de Ávila).
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R.: *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*. Akal Arqueología nº 2. Madrid. 2003. (Libro escrito en lenguaje asequible para todos los públicos, que constituye una síntesis de fácil lectura para entender a los vettones y su cultura. 170 págs. Se encuentra fácilmente en librerías).
- SALINAS DE FRÍAS, M.: *Los Vettones. Indigenismo y romanización en el occidente de la Meseta*. Ediciones Universidad de Salamanca. 2001. Colección Estudios históricos y geográficos nº 34. (Síntesis del pueblo vettón enfocada fundamentalmente desde el punto de vista histórico. 227 páginas. Puede encontrarse fácilmente en librerías especializadas).
- SÁNCHEZ MORENO, E.: *Vetones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid nº 64. 2000. (Compendio sobre el territorio vettón, sus yacimientos y la cultura que le caracterizó. De fácil comprensión. 322 páginas. Puede encontrarse fácilmente en librerías especializadas).

CASTRO DE LA MESA DE MIRANDA

(CHAMARTÍN)





Chamartín es un pequeño municipio a 25 km de Ávila que se encuentra en la intersección de dos paisajes: uno ganadero, al sur y otro potencialmente agrario, al norte. Ambos marcaron la vida económica de las gentes del castro de La Mesa de Miranda.



Chamartín. Casa típica.

La Mesa de Miranda fue un castro de la segunda Edad del Hierro cuyo origen probablemente debió estar en torno al 500 a.C., permaneciendo habitado hasta el siglo II-I a.C., cuando se hace efectiva la conquista romana de la Meseta. Los castros fueron la forma habitual de habitación que se dio en la Segunda Edad del Hierro. Implicaron la concentración de una importante masa de gente para su tiempo y son una prueba de la existencia de una sociedad bien estructurada y organizada. El de La Mesa de Miranda consta del espacio urbano, dividido en tres recintos y una necrópolis.



Chamartín. Peña caballera en el inicio del camino al castro.

■ Acceso

Desde Ávila: Ctra. Nal. 501, dirección Salamanca. Rebasado el mirador de los Cuatro Postes, carretera provincial AV-110 durante 22 km.

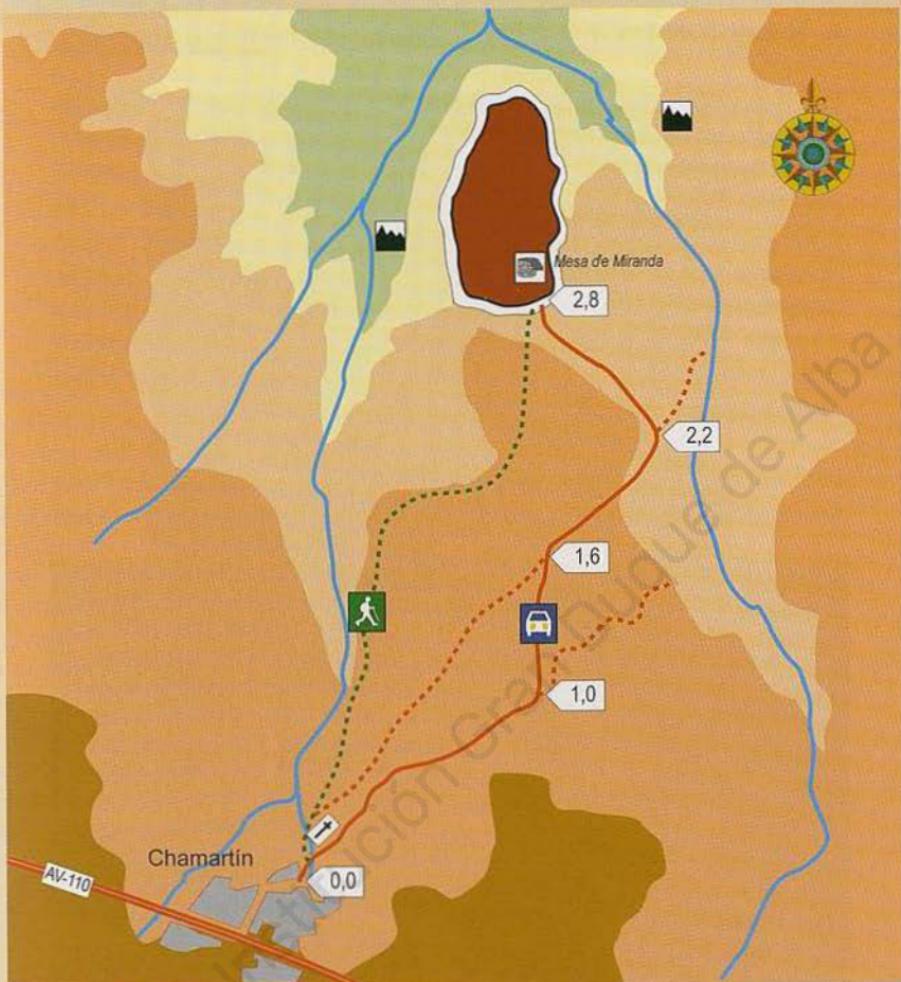
Al castro: Fácil acceso por terreno llano. Hay dos posibilidades:

- Pedestre: 2 km por un camino que parte a la izquierda del cementerio en dirección norte. También puede hacerse por el camino para acceso rodado.
- Con vehículo tipo turismo: siguiendo el camino que parte a la derecha del cementerio durante menos de 3 km. Este camino también puede hacerse a pie.

Resulta más saludable el paseo pedestre entre encinas, con una duración de 30-45 minutos.



Cantuesos en flor en las inmediaciones de Chamartín.



Castro

HIPSOMETRÍA

Menos de 1.050 m	
1.050-1.100 m	
1.100-1.150 m	
1.150-1.200 m	
Más de 1.200 m	

SÍMBOLOS

- Carretera
- Pista/Acceso automovil
- Senda/Acceso a pie
- Distancia kilométrica
- Castro/Escultura zoomorfa
- Paisaje

■ Historia de las investigaciones

Fue descubierto para la ciencia en 1930 por A. Molinero. Antes de eso era conocido en Chamartín como *Los Castillos*, al interpretar los lugareños como tales las grandes acumulaciones de piedras procedentes de los derrumbes de la muralla. Entre 1932 y 1934 y, después, en 1943 y 1944, el arqueólogo Juan Cabré dirigió investigaciones, asistido por A. Molinero y E. Cabré. Aquellas excavaciones se centraron fundamentalmente en la necrópolis y en parte de las murallas. Mucho tiempo después, entre 1999 y el 2004, se han llevado a cabo puntuales investigaciones y, sobre todo, trabajos de puesta en valor.

Está declarado Bien de Interés Cultural con categoría de Zona Arqueológica, por tanto la máxima calificación que otorga la ley.



Juan Cabré ante una tumba de la necrópolis de La Osera.

El orden más adecuado de la visita puede ser, en primer lugar, el recinto urbano, accediendo a él través del tercer recinto, para finalizar en la necrópolis.

Todos los puntos de interés están señalizados con información sobre lo que se ve. La ruta recomendada se encuentra marcada a ras de suelo por pequeños indicadores direccionales que conducen a los puntos de información.

■ Lo más esencial del castro



La Mesa de Miranda entre la confluencia de dos arroyos.

La ubicación del castro de La Mesa de Miranda fue cuidadosamente elegida, teniendo en cuenta las necesidades defensivas a que obligaban las circunstancias y, naturalmente también, las expectativas económicas. Como en otros casos, se buscó la horquilla fluvial que forman la confluencia de los cauces de dos cursos de agua con valle pronunciado, en este caso el arroyo Matapeces y el arroyo Rihondo, ambos actualmente de poca entidad, pero que a lo largo de su historia han excavado, sobre todo el primero, un profundo valle. La meseta sobrelevada que quedaba entre ellos constituyó, pues, un lugar perfectamente adecuado a las necesidades defensivas, de forma que la topografía abrupta en el acceso a buena parte del lugar, constituyera un elemento defensivo y un ahorro en el arduo trabajo de fortificar una extensión tan considerable.

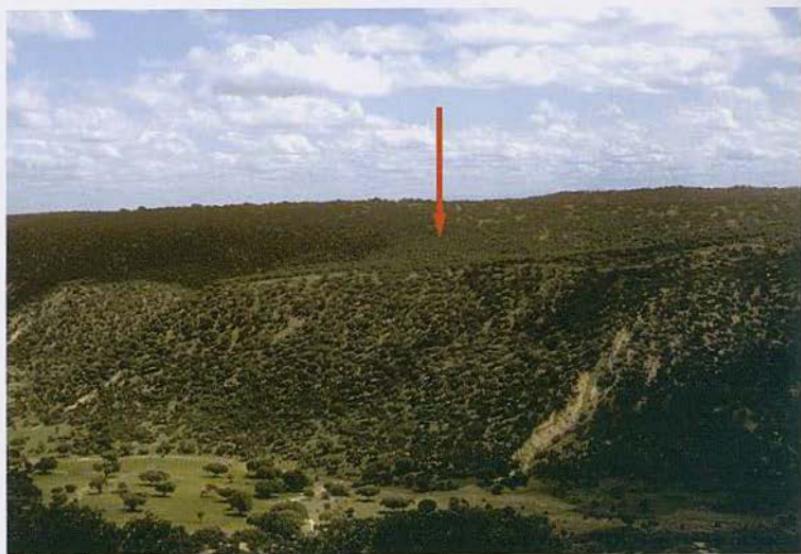


Plano topográfico del castro.

El sistema defensivo implicó un estudio detenido de las posibilidades del terreno. Todo lo que fue el recinto urbano estuvo fuertemente amurallado, como era habitual en los castros de la segunda Edad del Hierro de la zona. El conjunto supone una superficie de 29,1 ha. Consta de tres recintos fortificados adosados unos a otros. La diferente factura de la muralla en cada uno hace pensar que no sean contemporáneos entre sí. Según esa teoría, el primero sería el más antiguo. A él se le adosaría el segundo por el sur, al cual le complementaría un tercero para evitar el acceso por el este, que junto con el sur eran las zonas de mayor desprotección natural. Las necesidades defensivas debieron ser proporcionales a los peligros existentes, sobre todo durante los siglos III y II a.C., tiempo en el que las dos potencias mediterráneas más fuertes del momento, cartagineses y romanos, estaban presentes de un modo u otro en la Península Ibérica.

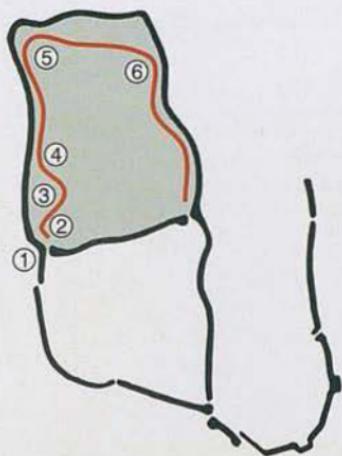


NECRÓPOLIS DE LA OSERA



Vista del castro de La Mesa de Miranda desde el oeste.

El **primer recinto** es el más antiguo, se encuentra al norte del yacimiento, visitándose el último por encontrarse más alejado del acceso. Tiene una superficie de 11,5 ha y forma aproximadamente rectangular. La muralla se adapta por todos los lados a la morfología del terreno, siendo de distinta envergadura en función de la necesidad, marcada siempre por las condiciones del terreno. Por el norte, este y oeste va al borde de una pendiente que alcanza en algunos puntos más de 100 m de desnivel y es casi vertical. En esos puntos la muralla era de menor envergadura, dadas las pocas posibilidades de que fuera atacado el castro, rebasando las abruptas pendientes. Por el sur, la muralla aprovecha un resalte del terreno para realzarse. Se trata de un lienzo aproximadamente rectilíneo, con dirección este-oeste, construido con piedras colocadas a espejo formando hiladas. El ancho total es de 5 m, en el que hay muralla y ante muralla. La ante muralla era una especie de escalón externo a menor altura, que, unido al foso y al campo de piedras hincadas, componían los sistemas defensivos complementarios en zonas de especial importancia. Previsiblemente la muralla estuvo complementada en su parte más alta por una empalizada, reforzando así su carácter defensivo. Se le calcula un alzado de 4 a 6 m.



- ① Mirador natural desde la torre oeste
- ② Mirador natural del encinar
- ③ Restos de una casa
- ④ Mirador natural del escarpe oeste
- ⑤ Mirador natural de la zona llana al norte
- ⑥ Percepción del derrumbe de la muralla al borde del escarpe



de La Mesa de Miranda. Puerta oeste del primer recinto.



Muralla y antemuralla del flanco norte, primer recinto.

El lienzo sur tuvo dos puertas, una al este y otra al oeste. Ambas eran iguales en origen: flanqueadas por torres y acceso en pasillo estrecho para encajonar al enemigo y abatirlo desde las torres. La puerta oriental fue cegada en algún momento para evitar defender un acceso más, con lo cual en los momentos finales del castro sólo debió haber una puerta en este recinto.



Depresión del foso delante de la muralla sur del primer recinto.

Si por el norte, este y oeste el fuerte desnivel implicaba ya una forma defensiva, por el sur hubo de ser complementado no sólo con la potente muralla ya aludida, sino también por un foso y un campo de piedras hincadas, ambos dentro del segundo recinto, que se le adosa al primero por esa parte. Tuvo una profundidad de 4-5 m. En la actualidad se encuentra colmatado por los derrumbes de la muralla, aunque se

advierte en el suelo un evidente escalón paralelo al lienzo, excluyendo la inmediatez a las torres. Delante de todo este frente sur hubo un campo de piedras hincadas que en la zona de las puertas era más profuso. Los campos de piedras hincadas consistían en multitud de lajas de piedra, a menudo puntiagudas y enterradas en parte en el suelo, que emergían a la superficie verticalmente o inclinadas. Su misión era estorbar tanto a la caballería como a la infantería en su acoso a las defensas. En La Mesa de Miranda los hubo también en la zona extramuros al segundo recinto, por el este y por el sur-oeste, aunque el más vistoso es el que queda delante de la puerta sur-oeste del primer recinto.

El primer recinto contendría el grueso de las edificaciones domésticas del castro. De él sólo se han excavado tres construcciones, con lo cual puede decirse que ni el urbanismo ni la tipología de las construcciones domésticas son bien conocidas.

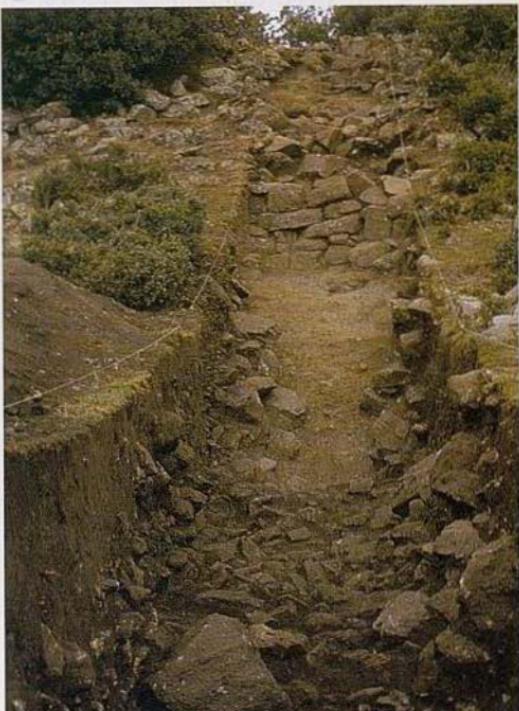
El segundo recinto estuvo también totalmente rodeado por murallas, cerrando una explanada de 7,1 ha, cuyo cometido, a falta de investigaciones, se



Zócalo ciclópeo en la muralla del tercer recinto.



Puerta cegada antiguamente del primer recinto.



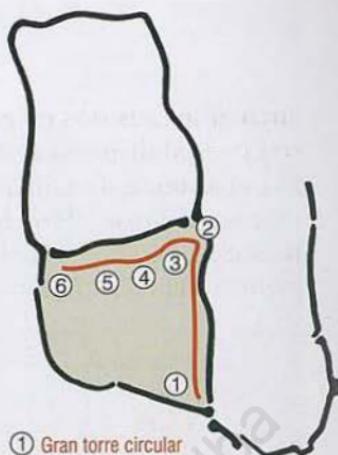
Fondo del derrumbe acumulado en el foso.



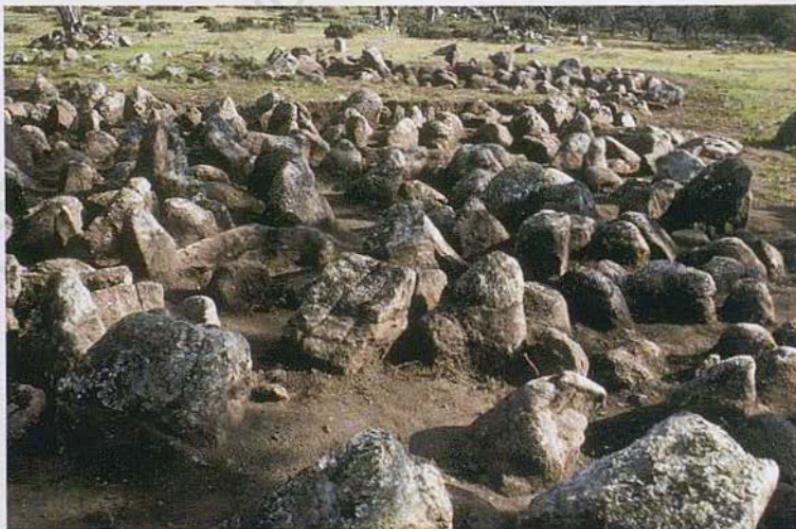
Muralla sur del primer recinto y campo de piedras hincadas.

desconoce. Es probable que fuera, además de lugar de habitación, encerradero para el ganado en caso de necesidad y, como en otros castros, el sitio donde se desarrollaban determinadas actividades de producción, como alfares, hornos, fundiciones... etc.

La diferente factura de algunas zonas de la muralla, hace pensar que pudiera ser posterior a la construcción del primer recinto.



- ① Gran torre circular mirador
- ② Puerta cegada del 1º recinto
- ③ Muralla y ante muralla
- ④ Foso
- ⑤ Campo de piedras hincadas
- ⑥ Puerta 1º recinto



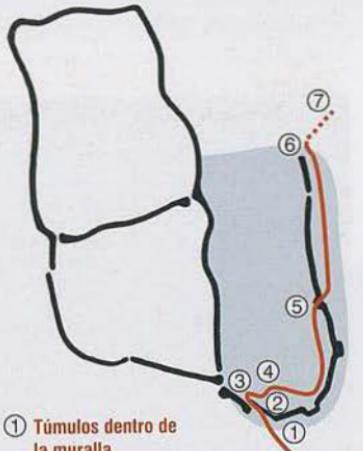
Campo de piedras hincadas en el segundo recinto.

Tuvo al menos dos entradas, una por el sur-oeste y otra por el sur, defendida por una gran torre circular cuya construcción utiliza el sistema de muralla y ante muralla. Esta torre, en la cara interna, tiene un vistoso aparejo de sillares ciclópeos. En su zona más alta es un buen mirador para contemplar la entrada al tercer recinto y la zona de la necrópolis.



Gran torre circular del segundo recinto.

El **tercer recinto** es, con toda seguridad, posterior a los dos primeros, puesto que invade parte de la necrópolis. Ello queda patente con la presencia de varios túmulos funerarios inmediatos a la muralla por el interior. Tuvo una superficie de 10,5 ha y sirvió de complemento defensivo no sólo al segundo recinto, sino también al primero. Su muralla, de 5 m de ancho y de carácter ciclópeo, reforzada en algunos puntos con torres cuadradas, se pierde por el norte al iniciarse la pendiente que cae abruptamente al arroyo de Rihondo.



- ① Túmulos dentro de la muralla
- ② Túmulos funerarios anteriores a la muralla
- ③ Muro ciclópeo del cuerpo de guardia
- ④ Fragmento de toro de piedra
- ⑤ Puerta en pasillo
- ⑥ Zona final de la muralla
- ⑦ Zona de las cascadas



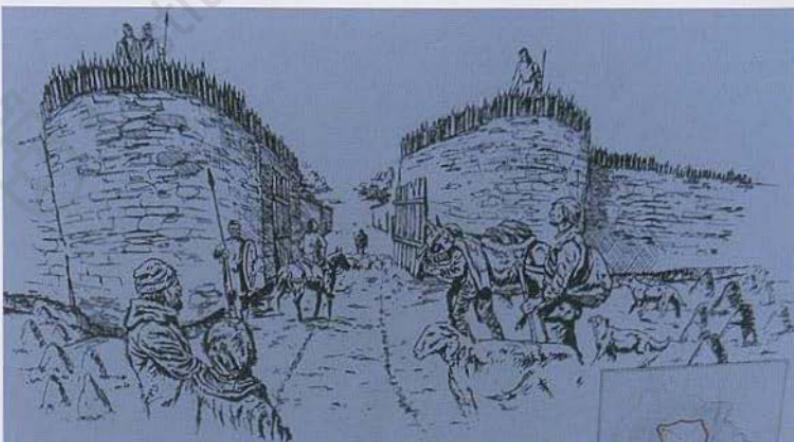
Acceso al tercer recinto.



Muralla del tercer recinto.

Aunque hay otras dos puertas de menor envergadura, el acceso principal se hace por el sur a través de una puerta –de nuevo en pasillo estrecho– constituida por la muralla y un curioso lienzo exento que J. Cabré llamó *cuerpo de guardia*, uniendo el tercer y el segundo recinto.

Este recinto pudo ser añadido durante la conquista romana,



Castro de la Mesa de Miranda. Reconstrucción del ambiente antiguo en una de las puertas. (Dibujo de Arquetipo).



Cuerpo de guardia y acceso al tercer recinto.

en la segunda mitad del siglo II a.C. o, ya conquistado el castro, durante las Guerras Civiles romanas a lo largo del siglo I a.C., en las que se sabe que los vettones tuvieron participación activa, aliándose con una de las facciones enfrentadas.

El recorrido por las distintas líneas de muralla del castro, constituye un buen reconocimiento del aspecto defensivo y de las condiciones que se valoraban en la ubicación de los asentamientos.

La necrópolis estuvo situada al sur del castro, en la amplia explanada delante de las murallas del segundo recinto por ese lado. Con la construcción posterior del tercer recinto, en la última fase de ocupación del castro, una parte de la necrópolis quedó dentro de él, por lo que pueden verse algunos túmulos inmediatos al lienzo sur. Alguno de ellos fue sepultado por la propia muralla, lo cual hizo que J. Cabré, en su restauración, lo dejara visto para explicar didácticamente el hecho y la posterioridad de la muralla respecto de



Necrópolis de La Osera. Túmulos funerarios dentro de una estructura de mampostería.



Necrópolis de La Osera. Cuenco para ofrendas.
(Foto de J. Cabré)



Necrópolis de La Osera.
Túmulos y estela hincada.

esa zona de la necrópolis. Así es como puede verse y entenderse actualmente.

El ritual funerario practicado por los vettones fue la incineración. Quemaban a los muertos, a veces con sus pertenencias, enterrando después sus cenizas. Este tipo de ritual ha impedido que existan informaciones sobre su aspecto físico.

J. Cabré excavó un total de 2.230 tumbas, cuyos ajuares han permitido saber que los enterramientos fueron practicados desde finales del siglo V, pero sobre todo durante el siglo IV y el III a.C. Las tumbas respondían a diversa tipología: la mayoría eran un pequeño hoyo en el suelo, en el que se depositaban las cenizas resultantes de la incineración. En ocasiones se utilizaba una urna de cerámica para contenerlas,

en otras eran enterradas en el hoyo sin más. Otras tumbas merecieron mejor tratamiento, sin duda relacionado con la importancia de los personajes. Así, construyeron pequeños túmulos de piedras de forma circular o cuadrada dentro de los cuales depositaban las urnas con las cenizas. Se trataba de sencillos monumentos que sólo pretendían la distinción visual sobre el conjunto de tumbas, probablemente en relación con los personajes a los que correspondían. Dos de estos túmulos, en la parte más alta de la necrópolis, están incluidos dentro de una estructura de mampostería que los ampara espacialmente. Tal monumentalización implicaba la categoría social de los incinerados allí.

El conjunto de la necrópolis estaba dividido en 6 zonas bien definidas y separadas entre sí. Es previsible que se correspondieran con los linajes de los que estaba compuesta la sociedad vettona. En cada una de las zonas, una piedra hincada de cierto tamaño y bien visible, sobresalía vertical del suelo presidiendo el espacio. Curiosamente la disposición de tales piedras en la necrópolis coincide con la de las estrellas de la constelación de Orión, circunstancia que hace pensar en las creencias de los habitantes del castro y en la relación entre la muerte y el destino de los muertos.

En ocasiones las cenizas iban acompañadas de algún tipo de herramienta o arma que permitía identificar al difunto con la actividad que desarrollaba en la vida e incluso conocer el sexo, puesto que a algunas mujeres se las enterraba con *fusayolas*, una especie de anillo grueso de barro que formaba parte de la rueca para hilar. A través de los ajuares se ha sabido la estructura social de los habitantes de La Mesa de Miranda.

Se trataba de una sociedad muy jerarquizada, de tipo piramidal, en cuya cúspide se encontraba una especie de aristocracia militar. Ésta se hacía enterrar con ricos ajuares, amortizando en ellos espadas y puñales con decoración de bellos damasquinados, escudos, fibulas, cinturones y bocados de caballo.

Una parte de los ajuares, sólo los de la zona VI, fueron publicados en una monografía en 1950, que hoy puede consultarse en bibliotecas universitarias.

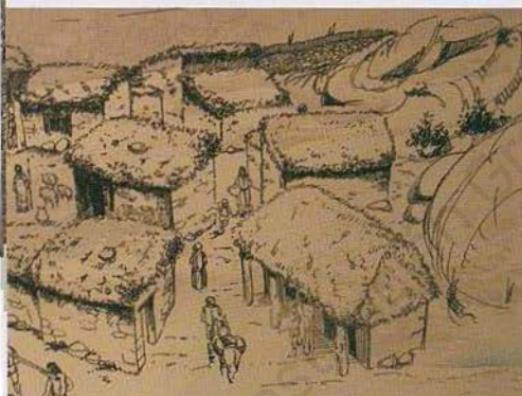


Túmulos funerarios dentro del tercer recinto.



Necrópolis de La Osera. Empuñadura de espada con damasquinado en el Museo de Ávila.

La vida cotidiana de los habitantes de La Mesa de Miranda debía desarrollarse centrada fundamentalmente en las ocupaciones agrarias, que eran su actividad principal, aunque es probable que hubiera también individuos especializados en determinadas labores, como por ejemplo, artesanos o comerciantes. En cualquier caso, la vida agraria debió ser la ocupación principal. La gran cantidad de molinos hallados por todo el castro, completos o fragmentados, hablan de la agricultura, cuya práctica es posible que se diera en las tierras llanas inmediatas que hay por el norte, fácilmente avistables desde el castro. La ganadería tuvo que ser la principal de las ocupaciones, dado el entorno más extenso del castro y sus posibilidades. Como para todos los vettones, la cría del cerdo y el vacuno tuvieron una gran importancia, por eso seguramente uno de sus símbolos por excelencia, las esculturas zoomorfas, suelen representar toros o cerdos. Con ellos, la cría de ovejas y cabras debió ser también fundamental.



Castro de La Mesa de Miranda. Reconstrucción del ambiente urbano. (Dibujo de Arquetipo).

Algunas fuentes escritas de época romana hablan de las costumbres bandoleras de los vettones, aliados para ello y para la guerra con los lusitanos. Los cronistas romanos dejaron escrita la frecuente alianza lusitano-vettona para asolar las ricas ciudades de la zona del Guadalquivir. Tal cosa ha sido interpretada por los historiadores como producto de la pobreza en recursos de los territorios que habitaban y por las grandes desigualdades sociales existentes en el seno de la sociedad vettona, acuciadas a veces por sequías y malas cosechas.

De las casas de La Mesa de Miranda se sabe muy poco, puesto que las excavaciones de Cabré se centraron en la necrópolis y en parte de las defensas. Es probable que el grueso de la población viviera en el primer recinto. Lo poco excavado indica que eran



Restos de una vivienda en el primer recinto.

casas como las de los castros cercanos: con forma rectangular, de distinto tamaño, con las paredes de mampostería en la base y grandes ladrillos en el resto, para rematar en un tejado vegetal. El urbanismo consistiría en una cierta organización de las casas en el espacio, pero sin una planificación concienzuda, como se aprecia en el vecino castro de Ulaca (Solosancho).

Se han hallado en La Mesa de Miranda y en sus inmediaciones varias **esculturas zoomorfas**. Una de ellas, prácticamente completa, se encuentra en la plaza de Chamartín. Otra, incompleta, también representando a un toro, está a la puerta del aula arqueológica y una más, muy fragmentada, apareció dentro del tercer recinto, que es donde puede verse en la actualidad. En las excavaciones de Cabré aparecieron fragmentos de otras que indican la frecuencia de estas esculturas en este castro.



Chamartín. Toro de piedra relacionado con el castro.

Las esculturas zoomorfas son muy propias del mundo vettón. Aparecen con asiduidad en las provincias de Ávila, Salamanca, Zamora, norte de Cáceres y de Toledo. Suelen representar cerdos o jabalís, de ahí que se las conozca como *verracos* o *toros*, siendo, según los casos, de mejor o peor factura.

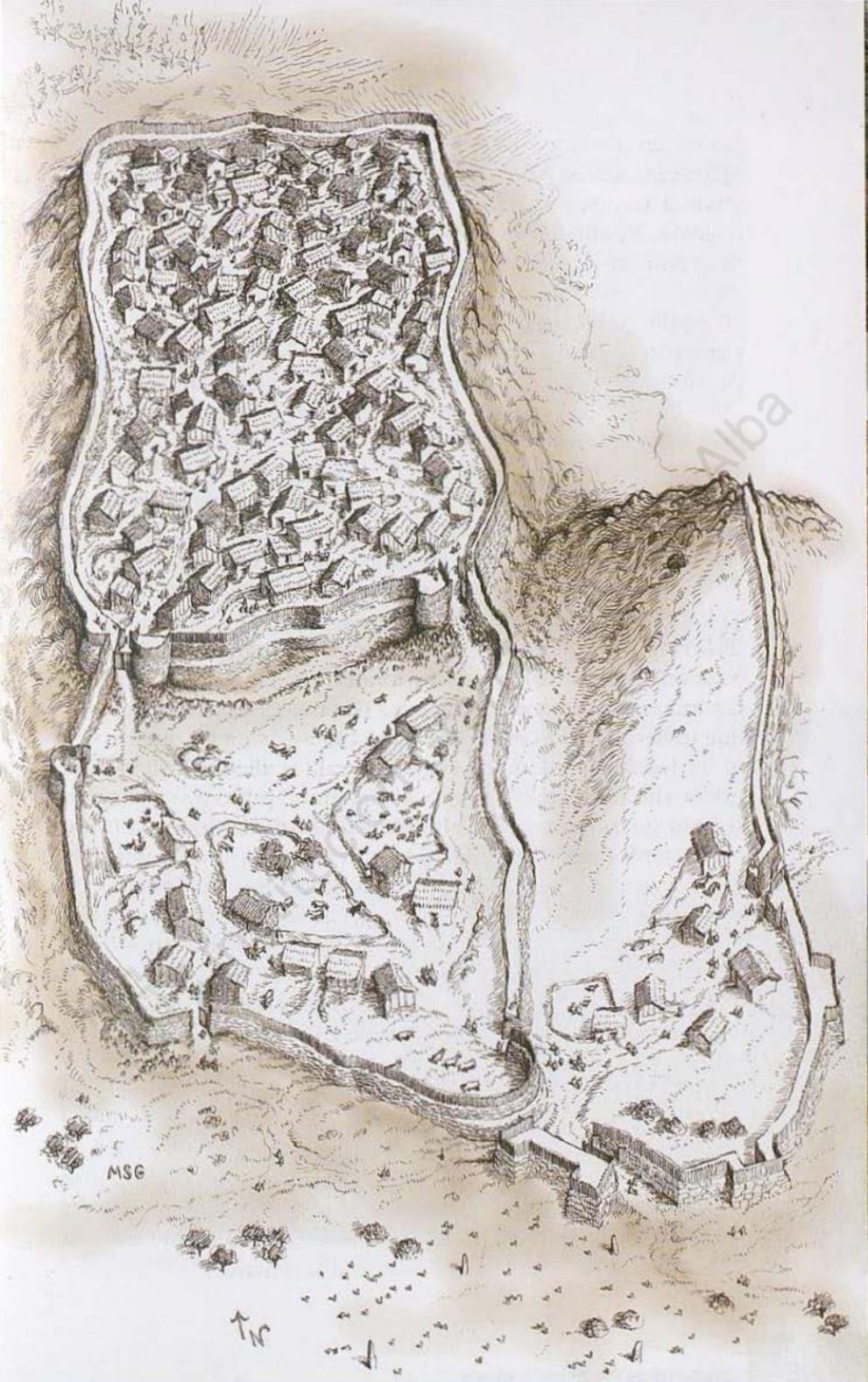
Su significado no se conoce con exactitud. En ciertos casos la asociación con rutas ganaderas las hace asimilables con algún tipo de símbolo o protección del ganado. En otras ocasiones, su presencia en lugares con buenos pastos, podría estar marcando la propiedad, la bondad de los pastos... Más difícil parece interpretar a los que estaban dentro de los recintos amurallados. En la ciudad de Ávila se conoce una, no exenta, tallada sobre una roca en lo que se supone que era la entrada a la ciudad ya romana. En cualquier caso las esculturas zoomorfas son un elemento distintivo de los vettones, fundamentalmente de la Meseta Norte.

El final de este castro no se conoce con exactitud, pero podría estar relacionado con las operaciones de la conquista romana de la zona, enmarcadas en las llamadas Guerras Celtibérico-Lusitanas, que tuvieron lugar entre el 155 y el 133 a.C. y en las que los vettones lucharon al lado de sus inseparables aliados lusitanos. Si no fue durante este momento, el abandono pudo producirse un siglo después, durante el siglo I a.C. finalizadas las Guerras Civiles, en las que los vettones tomaron sucesivamente partido por una de

las facciones en disputa, siempre las que resultaron perdedoras, circunstancia que hubo de ser traer perjuicios a los castros abulenses, entre ellos el de La Mesa de Miranda, si es que aún permanecían habitados. Es muy posible que fuera a raíz del final de estas últimas cuando el castro fuera abandonado, para iniciarse los primeros asentamientos rurales con la cultura romana ya como patrón.



Dehesa de Miranda. Vista de la vega del arroyo Matapeces desde el castro.



Reconstrucción del ambiente en el castro en los siglos III-II a.C. (Dibujo: M. Sobrino).

Para saber más sobre La Mesa de Miranda

- CABRÉ AGUILÓ, J.; CABRÉ DE MORÁN, E. y MOLINERO PÉREZ, A.: *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Madrid. 1950. (Es la memoria de una parte de las excavaciones de los años 30 y 40. Un libro importante por la información que ofrece y por sus ilustraciones. Se encuentra agotado. Puede consultarse en bibliotecas especializadas).
- BAQUEDANO, I. y ESCORIZA, C.: “Alineaciones astronómicas en la necrópolis de la Edad del Hierro de La Osera (Chamartín de la Sierra, Ávila)”. *Complutum* nº 9. 1998. Páginas 85-100. (Este trabajo está publicado en la revista de arqueología de la Universidad Complutense de Madrid. Puede encontrarse en bibliotecas o librerías especializadas. Es un trabajo interesante que plantea la posibilidad de asociación de las diversas zonas de la necrópolis de La Osera con la constelación de Orión).
- BAQUEDANO BELTRÁN, I.: “La necrópolis de La Osera”. 2001 (Artículo incluido en *Celtas y Vettones*, libro conmemorativo y compendio de la exposición celebrada en Ávila en el 2001).
- FABIÁN GARCÍA, J. F.: *Guía del castro de La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila)*. Cuadernos de Patrimonio Abulense nº2. Diputación de Ávila. Institución Gran Duque de Alba. 2005. (Puede encontrarse en las librerías de Ávila).

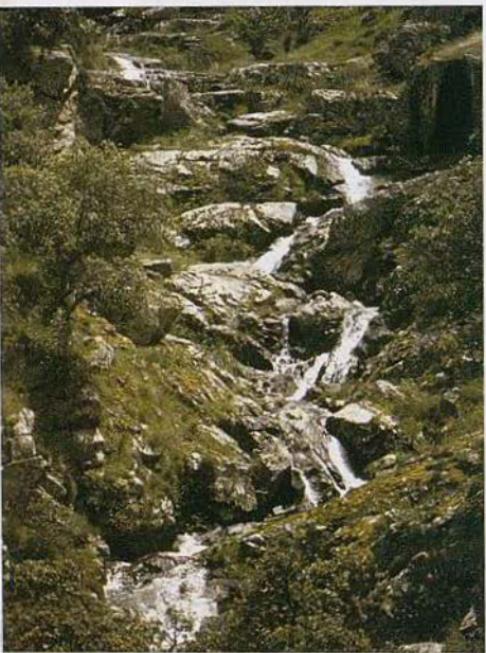


Necrópolis de La Osera. Encina centenaria de tronco retorcido.



Visita guiada al castro.

Más lugares interesantes relacionados con el castro



Cascadas del arroyo de Rihondo.

Las cascadas del **arroyo de Rihondo** a su paso por las inmediaciones del castro son un atractivo invernal y primaveral, que no debieron pasar desapercibidas en tiempos del castro. Se accede siguiendo la muralla del tercer recinto hasta que ésta termina, iniciándose una abrupta pendiente, que desemboca a poca distancia en el cauce del arroyo. El encanto del sitio es el discurrir del agua por las rocas con su ruido característico, formando pequeñas cascadas y balsas. Siguiendo el curso del arroyo, se produce una cascada de mayores proporciones a la que es peligroso acercarse. Puede contemplarse a cierta distancia, desde la ladera noreste del primer recinto.



Cascada mayor del arroyo de Rihondo.

Al sur de la muralla del segundo recinto, en sus cercanías pero extramuros, hay un pequeño abrigo con un extraño **signo pintado en rojo ocre** que podría ser una esquematización humana o animal. Su relación con la habitación del castro es probable, su significado se desconoce.

El paisaje del entorno del castro constituye un remanso de tranquilidad apto para un paseo corto o para una excursión de más tiempo. Al paisaje tranquilizador de las encinas le rompe en ocasiones el color cambiante, según las épocas del año, de las choperas alineadas que pueblan los cauces de los arroyos. En la primavera el espectáculo de las encinas en flor matizando el verde general, es un motivo para sentarse a disfrutarlo.



Mirador en el primer recinto.



Castro de La Mesa de Miranda.
Covacho donde se encuentra la pintura rupestre.



Castro de La Mesa de Miranda.
Pintura rupestre.



Retamas floridas en primavera en la zona
del castro.



Chamartín. Paisaje otoñal en las inmediaciones del castro.



Chamartín. Aula arqueológica.



Chamartín. Aula arqueológica. Reproducciones cerámicas representativas del castro.

El aula arqueológica

Está instalada en el pueblo de Chamartín, en el local que fueron en su día las antiguas escuelas, rehabilitadas ahora para esta función.

Gestionada por el ayuntamiento local, está abierta en la mayor parte del año tres días a la semana, entre ellos el sábado y el domingo y la mayor parte de los días en verano. A través del castro de La Mesa de Miranda, explica la cultura de los castros vettones.

Consta de dos partes instaladas respectivamente en el piso bajo y en el alto. Con ello quieren explicarse los mundos que vivieron los habitantes del castro: abajo, el mundo de lo material y arriba, el de las creencias y ritualidad.

En el piso bajo se hace un recorrido por las actividades cotidianas de los habitantes del castro a través de paneles, audiovisuales, maquetas, reproducciones de



Chamartín. Aula arqueológica.



Chamartín. Aula arqueológica.

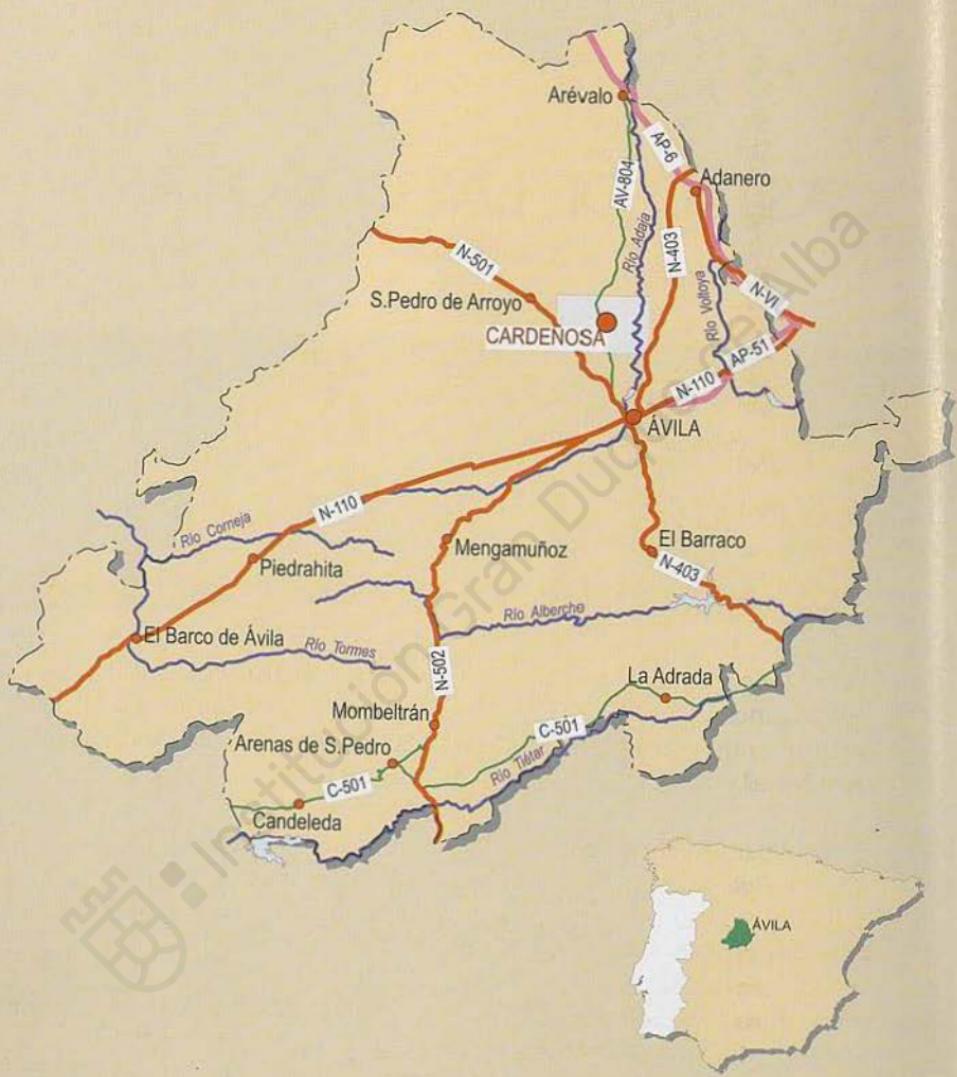
armas y artefactos de trabajo. Hay una maqueta de grandes proporciones que explica con movimiento mecánico la evolución de castro y juegos didácticos para niños en pantallas táctiles.

Al piso alto se asciende por una escalera que pretende hacer entender al visitante su ascensión al mundo de las ideas y de las creencias. Se explican los rituales de enterramiento, las creencias religiosas y las prácticas que tenían lugar para enlazar con el mundo de ultratumba. Adicionalmente, en una terraza al aire libre, se tratan las características esculturas zoomorfas. Desde allí puede verse, además, el paisaje urbano y campestre del término de Chamartín.

CASTRO DE LAS COGOTAS

(CARDEÑOSA)







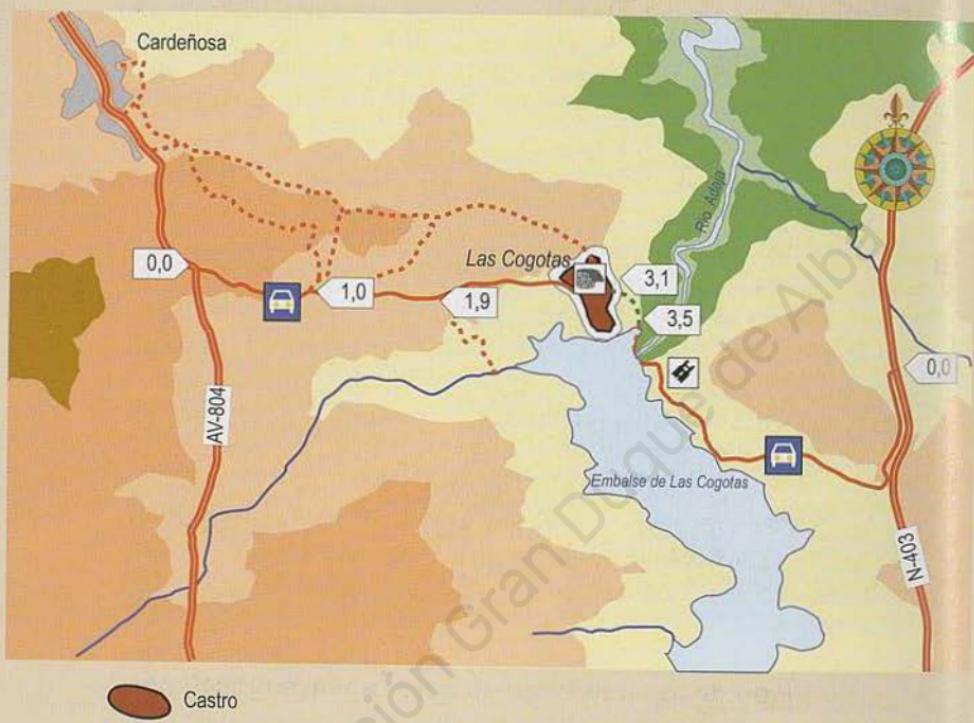
Simuosidades en la muralla del primer recinto.

Se trata de un yacimiento arqueológico cuya ocupación implica prácticamente a todo el primer milenio a.C., correspondiendo su momento final a un castro, similar a los coetáneos de La Mesa de Miranda y Ulaca.

Está declarado Bien de Interés Cultural con categoría de *Zona Arqueológica* desde 1931. Su investigación por parte de J. Cabré en los años 20 del siglo pasado dio lugar a la denominación de dos culturas cuyo nombre se mantiene: *Cultura de Cogotas I* y *Cultura de Cogotas II*, aquella en el final de la Edad del Bronce y ésta en la segunda mitad de la Edad del Hierro. Es, por tanto, un lugar muy conocido y visitado. La visita es gratuita y puede llevarse a cabo durante todos los días del año.



Representación de guerreros a caballo en una cerámica de Las Cogotas.



HIPSOMETRÍA



SÍMBOLOS

- Carretera
- Pista/Acceso automóvil
- Senda/Acceso a pie
- Distancia kilométrica
- Castro/Escultura zoomorfa
- Pinturas rupestres
- Mirador

■ Accesos

El castro se encuentra a 6 km al sureste de Cardeñosa, al lado del embalse de Las Cogotas. Hay dos accesos posibles:

- Desde la carretera nacional 403, tomando el desvío señalizado que marca el embalse de Las Cogotas. Es preciso dejar el vehículo en el aparcamiento del embalse. El castro queda al otro lado del embalse. Cruzando éste, se accede a él por un camino que lo bordea en dirección norte, en un trayecto de unos 500 m.
- Desde la carretera nacional 501, desvío a través de la AV-804 a Cardeñosa. Algo más de 1 km antes de llegar a Cardeñosa, hay un cruce señalizado de donde parte un camino de tierra que en unos 3 km conduce hasta el castro. Este camino es practicable con vehículos tipo turismo hasta el mismo castro.

El acceso a las ruinas, una vez llegado al aparcamiento del castro, no ofrece dificultades de acceso a pie.

■ El origen de los datos conocidos. Las investigaciones

A finales del siglo XIX se produce una cierta inquietud por los restos antiguos del lugar denominado *Las Cogotas*, que identifica a dos promontorios graníticos bien destacados al lado del río Adaja. En ese tiempo se producen algunos hallazgos significativos, como una escultura zoomorfa representando a un cerdo o un jabalí. La escultura será trasladada a Ávila por iniciativa del rey Alfonso XII, decisión que se hará ante la oposición de los habitantes de Cardeñosa.



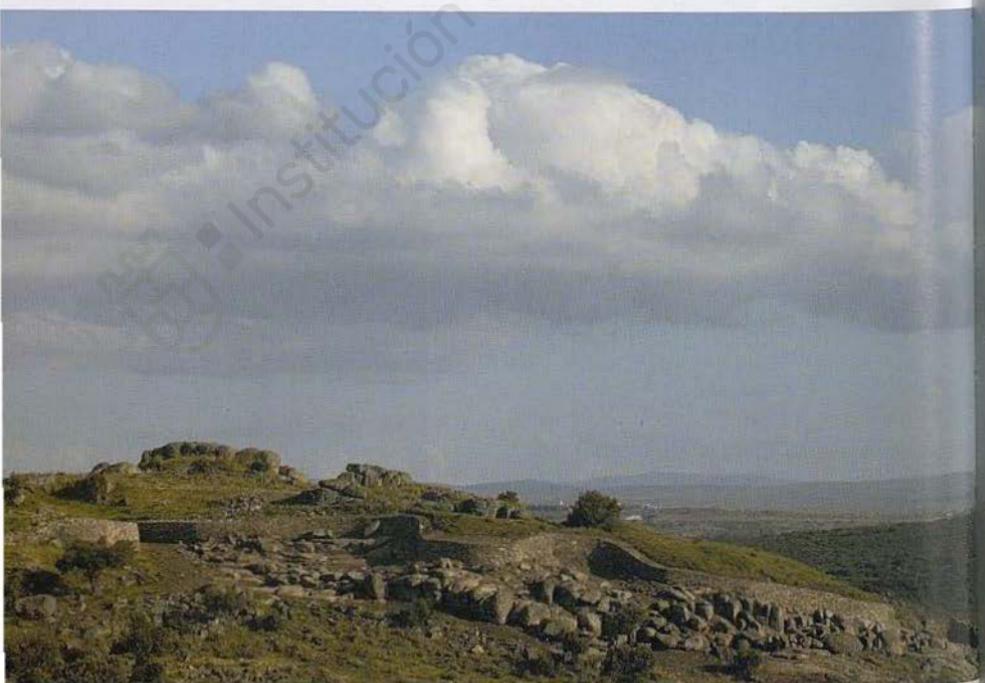
Fragmento de cerámica simbólica.

En 1927 J. Cabré inicia excavaciones oficiales, que llevará a cabo en 4 campañas sucesivas. En ellas excava buena parte del primer recinto y las zonas más importantes de los sistemas defensivos, así como la necrópolis.

No volverían a llevarse a cabo excavaciones hasta 1986 en que el profesor G. Ruiz Zapatero excava en dos campañas parte de la zona que iba a quedar bajo las aguas del embalse. Se excavó un complejo dedicado a actividades alfareras, que implica la producción cerámica en el castro.

En el 2004, dirigidos por R. Ruiz Entrecanales, se abrieron algunos sondeos en la única zona no excavada por Cabré entre las dos *cogotas*.

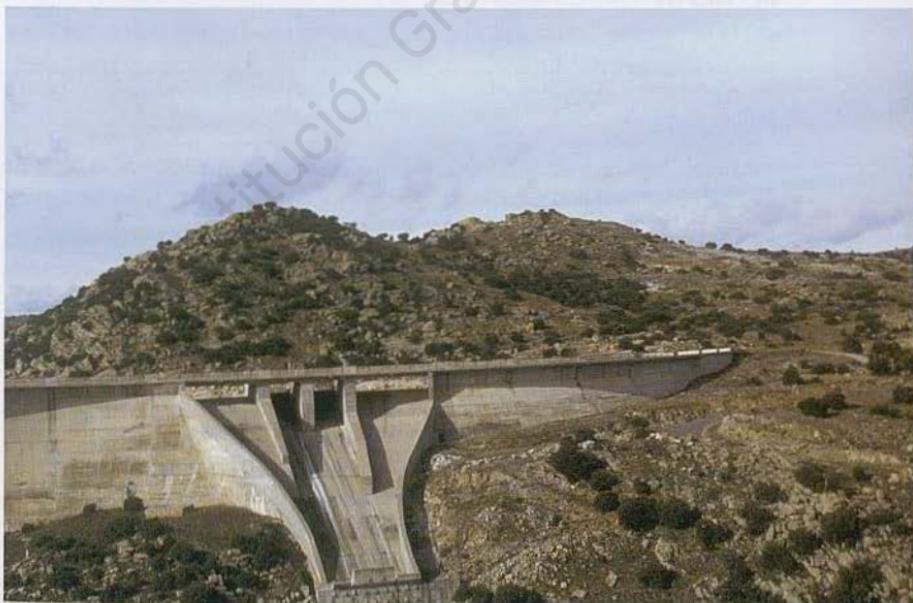
Después de eso, los trabajos realizados han sido de puesta en valor, centrados sobre todo en la recuperación y consolidación de las murallas, restitución de la topografía original del castro y en la recuperación del campo de piedras hincadas de la zona noroeste del castro.



Muralla del primer recinto visto desde el norte (R. Delgado).

■ Generalidades

La elección del lugar estuvo condicionada por la existencia en el relieve de dos promontorios graníticos separados por una pequeña vaguada. La cierta altura general sobre el entorno más inmediato que daban los promontorios y la facilidad defensiva de la ladera este, con caída abrupta al río Adaja, pudieron ser algunas de las circunstancias que ya hacia el 1300-1200 a.C. llevaron al lugar a los primeros habitantes. Era el final de la Edad del Bronce, lo que se conoce hoy como *Cultura de Cogotas I*. Esta cultura tuvo su centro y su máxima importancia en la Meseta Norte, irradiando, también, a diversos puntos de la periferia. Sucedió aproximadamente entre los años 1700 y el 800 a.C. Dentro de esta cultura y en la parte final de este tiempo, en las postrimerías de la Edad del Bronce, hubo en el lugar una pequeña aldea con dedicación ganadera por la potencialidad del lugar. Aquella aldea sería más pequeña de lo que fue el poblado en la etapa más importante, en el final de la Edad del Hierro.



Castro y embalse de Las Cogotas desde el este.



Vista del castro desde el suroeste.

Aunque las investigaciones realizadas hasta ahora no han aclarado mucho, es probable que la primitiva aldea se mantuviera como tal durante la primera parte de la Edad del Hierro. Algunos restos no estudiados por Cabré en aquel momento, pero depositados en el Museo Arqueológico Nacional, así lo indican.

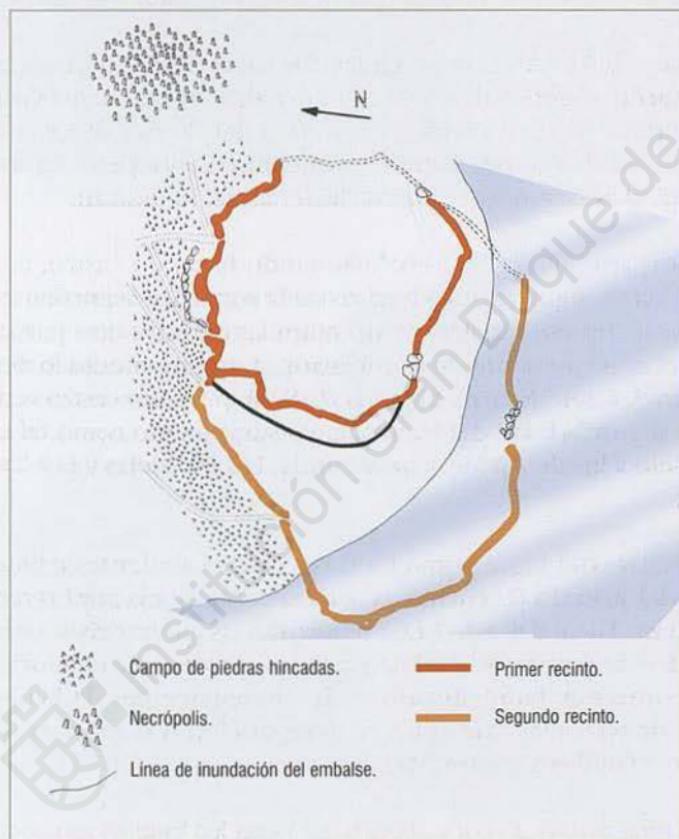
A partir del 500 a.C. irá evolucionando hacia un castro, como sucede con algunos otros lugares de la zona. Aproximadamente en ese tiempo se construyen sus murallas registrando a partir de entonces un aumento de la población. A este momento lo denominará J. Cabré *Fase de Cogotas II*. Será, pues, un castro vettón de la segunda Edad del Hierro, cuyo surgimiento como tal será paralelo a los de: La Mesa de Miranda, Las Paredejas y Los Castillejos.

Su final tendrá lugar, como los otros castros abulenses o bien al final del siglo II a.C., cuando la zona es conquistada por los romanos o ya al final del siglo I a.C., finalizadas las guerras civiles romanas. Desde entonces se inició paulatinamente en la memoria de las gentes que han habitado en las inmediaciones, la habitual leyenda sobre las causas de su desaparición o la existencia de tesoros fabulosos escondidos.

La última etapa es la que ha dejado todas las huellas arquitectónicas más evidentes del castro, las que se aprecian en la actualidad. Está compuesto por el recinto fortificado y, al norte del mismo, una necrópolis que dista unos 300 m. Esta última fase es la que constituye el fundamento de la visita. De las fases anteriores sólo se conservan restos muebles.

■ El recinto fortificado

En Las Cogotas, como en todos los poblados fortificados de la Edad del Hierro, las imponentes murallas eran, además de una construcción defensiva, una forma coercitiva de impedir cualquier plan de ataque. Su construcción implicó un importante esfuerzo, algo que debe hacer reflexionar sobre las formas de



organización y el desarrollo de la sociedad que habitó en estos lugares. En la visita es bueno plantearse, además del gran esfuerzo que implicó construirlas, el contexto que hizo posible estas obras y las circunstancias sociales que hubieron de darse para organizar obras de tanta envergadura.



Defensas naturales y artificiales delante de la muralla del primer recinto (R. Delgado).

Lo componen principalmente dos recintos con una superficie total de 14,5 ha y otros dos suplementarios, que más que recintos deben ser complementos defensivos en determinados puntos vulnerables de la muralla. De los dos recintos principales, uno está más alto que el otro, ocupa los dos promontorios graníticos que destacan en el relieve y debió ser el más importante de los dos, o al menos en el que estaban ubicadas el grueso de las construcciones domésticas. J. Cabré le denominó *acrópoli*.

El segundo recinto se le adosa por el sur y oeste al primero, ocupando parte de una ladera que finaliza en el cauce de un pequeño arroyo, hoy inundado por el embalse. J. Cabré lo identificó como un *encerradero de ganados*. Las excavaciones de 1986-87 permitieron saber que, al menos en una parte, existió allí una construcción dedicada a la alfarería, por lo que es previsible que además de lugar de habitación y, como pensaba Cabré, *encerradero de ganado*, fuera también un lugar en que se llevaban a cabo tareas que podríamos decir, con las reservas propias del tiempo de que se trata: *industriales*.

Complementariamente a estos dos recintos, como hemos mencionado más arriba, hay otros dos, previsiblemente de carácter sólo defensivo. Uno de ellos se adosa al primero desde dentro del

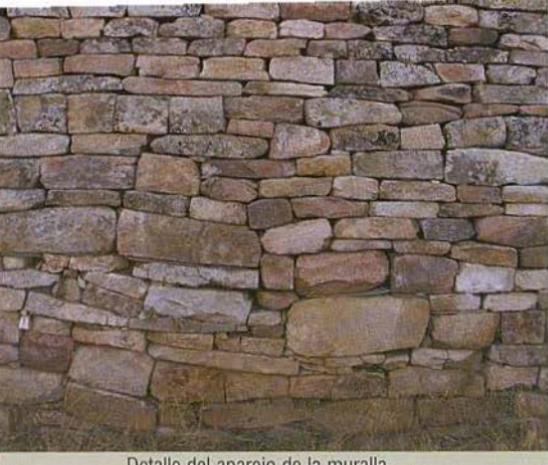


Defensas naturales y artificiales de Las Cogotas desde el noroeste (R. Delgado).



Rocas delante de la muralla norte del primer recinto a modo de barbacana.

segundo, es muy pequeño y difícilmente operativo como tal recinto, pero sí como barbacana. Podría tratarse de un complemento defensivo de la muralla del primer recinto por ese lado, a la vez que de un espacio con un uso diferenciado y especial. El otro está fuera de la muralla del primer recinto en toda la zona noroeste.



Detalle del aparejo de la muralla.

Está constituido por piedras ciclopéas alineadas, que debieron formar una especie de imponente barbacana con la que constituir un primer obstáculo frente a los atacantes. Se advierte desde lo alto de la muralla y transitando entre las rocas del escarpe bajo la muralla.

El primer recinto compone un espacio aproximadamente circular, cercando el conjunto elevado que conforman los dos promontorios graníticos, las dos *cogotas*. Está rodeado por una muralla, sólo interrumpida en aquellos puntos de la zona este, donde la caída al río es más abrupta y hace menos necesaria la fortificación. La muralla va a adaptándose a la morfología del terreno. Donde se hace más compleja y potente es en el flanco norte, el más vulnerable en caso de ataque. Allí adquiere una interesante disposición con salientes y entrantes a base de engrosamientos del muro a modo de bastiones, conformando ondulaciones, interpretables como formas de acorralar al atacante con tiros cruzados.



Relleno de la muralla en la puerta del primer recinto.

El ancho de la muralla oscila entre los 2,50 y los 10,70 m, aunque los anchos más frecuentes están entre 3,50 y 4,50 m. Las zonas de máxima anchura se dan en el flanco norte, el más expuesto en la conquista del recinto principal. Como suele ser frecuente en los castros, los lienzos de muralla constaban de un muro doble: al muro principal se le adosaba otro por el exterior con una anchura de 0,80 ó



Puerta menor del primer recinto (R. Delgado).

1 m. Así garantizaban la estabilidad del lienzo principal de cara al exterior.

El aparejo de la muralla es, en las caras, de mampostería en seco formando hiladas. En el interior el relleno es una amalgama de piedras menudas que macizan el muro.

Tuvo tres entradas conocidas, dos por el norte, ambas actualmente restauradas y bien visibles y otra, citada por J. Cabré en la zona este, que encontró demolida en sus excavaciones. Las dos del flanco norte parecen las más importantes. Una de ellas, la sureste, tuvo mayor envergadura, seguramente por estar en una zona de más fácil acceso. Estaba flanqueada por dos cubos macizos, siendo el acceso un pasillo estrecho de 12,50 m por 3 m de ancho, al que conducía un camino externo empedrado. Al lado derecho extramuros hubo una construcción rectangular interpretable como un posible cuerpo de guardia. La otra puerta por este lado es un callejón de 6 m de largo por 3,40 m de ancho que interrumpe la muralla de forma sesgada. Esta puerta quedaba

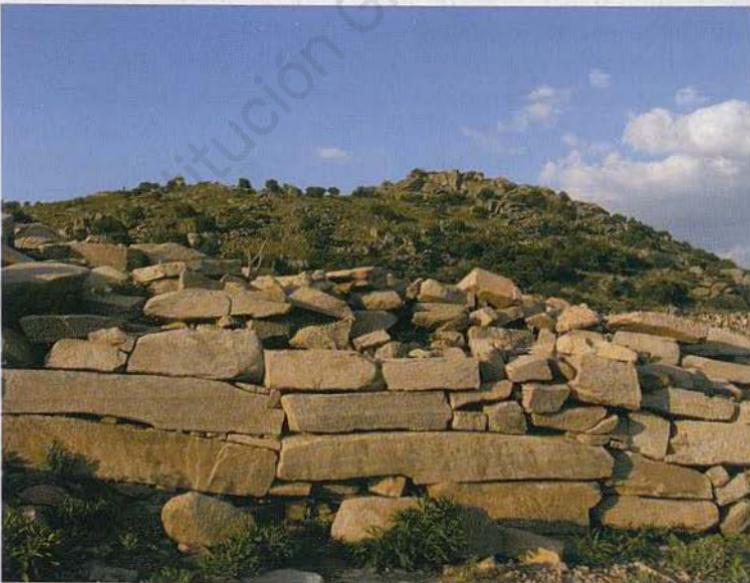


Camino de acceso a la puerta norte del primer recinto.

defendida por dos torres redondeadas a cierta distancia de la puerta, de forma que contribuyen al hostigamiento de los atacantes en dos direcciones.

La muralla del **segundo recinto** abarca toda la ladera oeste y parte de la sur, recogiendo finalmente una pequeña explanada al lado del arroyo Rominillas. Tiene menos complicación que la del primer recinto en la zona norte, pero suficiente envergadura como para cumplir su cometido. Tuvo tres entradas: por el norte, noroeste y ladera sur. La más importante y también la más alta, fue la inmediata al recinto primero, con entrada en callejón y un posible cuerpo de guardia en el exterior similar al de la entrada principal del primer recinto. La puerta sur estaba constituida por un cubo y el escarpe rocoso, que por sí mismo hacía las veces de muralla. Un camino empedrado conducía al interior.

Cuando el pantano baja lo suficiente, parte de la muralla de este recinto se deja ver en forma de paramento ordenado y de gran derrumbe.



Muralla suroeste del segundo recinto, visible cuando baja el pantano.



Campo de piedras hincadas en el entorno de la puerta principal del primer recinto.

Los campos de piedras hincadas estaban situados en el entorno de las puertas más fáciles de atacar y donde, además de las murallas, era preciso crear todo tipo de obstáculos para evitar el asalto. En el caso de Las Cogotas había un extenso campo de estas piedras en toda o buena parte del flanco norte, abarcando a los dos recintos. Es bien visible en la actualidad en torno a las dos puertas principales de ambos recintos. Como en otros castros próximos, se trataba de lajas, generalmente puntiagudas, emergentes del suelo en vertical o en oblicuo, que planteaban una gran dificultad de acercamiento al ataque de la muralla, tanto a la caballería como a la infantería. Merece la pena un paseo rodeando la muralla norte/noroeste de los dos recintos para observar el inmenso campo de piedras hincadas, limpio en una parte.

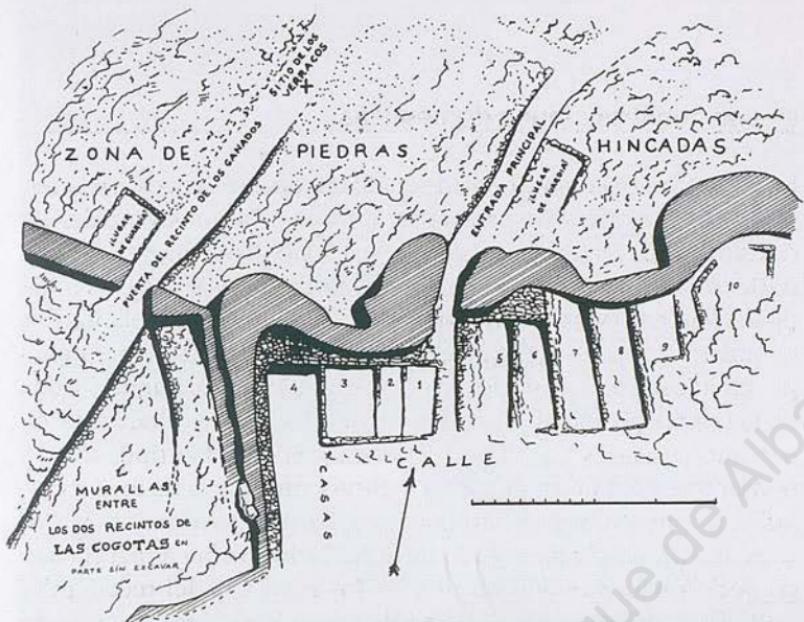
El recorrido de las murallas y de las defensas complementarias a ellas en el castro de Las Cogotas constituye un entretenido examen de las condiciones defensivas, tan astutamente estudiadas, que componían su defensa.

■ Las construcciones domésticas

Las viviendas del castro fueron sencillas y de construcción modesta. Sin una planificación urbanística definida, fueron levantadas allí donde era posible, donde había un espacio propicio, ya al amparo de las murallas o al de alguna de las grandes rocas repartidas tan profusamente por el primer recinto. Todas tuvieron planta rectangular, algunas con dimensiones muy grandes, como por ejemplo las adosadas y semi adosadas a la muralla norte, a ambos lados de la puerta principal. El hecho de que J. Cabré no hallara compartimentaciones internas o separaciones de otro tipo, le hizo pensar que eran una sola casa, con una única estancia. Para levantarlas se explanaba primero con un solado de piedras y tierra. El suelo era un simple pavimento de tierra batida. El hogar para el fuego podría haber estado en uno de los rincones del rectángulo, donde J. Cabré encontró placas de barro similares a las que en otros castros conformaban los hogares. En todas las casas había un molino para moler el cereal y/o las bellotas.



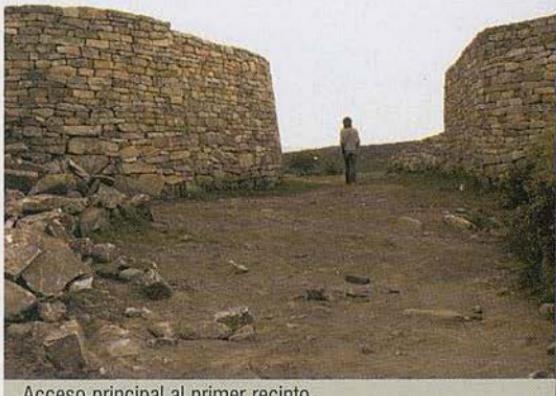
Las Cogotas. Reconstrucción del ambiente urbano en el primer recinto
(Según R. Ruiz Entrecanales y C. Jiménez-Pose).



Las Cogotas. Plano de J. Cabré de las casas escalonadas del primer recinto.

Excepto las casas en bancal de la puerta de entrada al primer recinto, las demás se reconocen con alguna dificultad. Es preciso encontrarlas a base de buscar alineaciones de piedras en el suelo. En muchas de ellas el accidentado relieve granítico les imponía la forma y el espacio disponible.

Cabré encontró en el interior de las casas y en sus inmediaciones, multitud de objetos que hoy se encuentran en el Museo Arqueológico Nacional. Halló desde herramientas de trabajo en hierro, como azadas, hachas, picos, azuelas, hoces, cuchillos y pequeñas navajas, hasta pesas de los telares, fusayolas de las ruecas de hilar, molinos y molederas circulares, agujas, cadenas,



Acceso principal al primer recinto.

clavos... etc. que componían el bagaje de la vida laboral de aquellas gentes. El vidrio llegaba a través del comercio y lo hacía desde muy lejos, en general desde el Mediterráneo oriental. Hasta estas tierras llegaban pequeños frasquitos de perfume, fabricados en pasta vítreos que serían adquiridos por los personajes más relevantes de la sociedad, manifestando así su prestigio y distinción sobre el resto.

■ La necrópolis



Castro de Las Cogotas. Ladera de la necrópolis.



Panorámica de la necrópolis durante su excavación (Archivo Cabré).

Se encontraba al norte del castro, muy próxima a él, sobre una ladera orientada al este. Desde el propio castro se la avistaba claramente. El aquel tiempo se divisarían con claridad las estelas clavadas en el suelo que componían tumbas o conjuntos de ellas.

Corresponde a los últimos tres siglos de habitación en el castro y era, como todas las de su tiempo en esta zona, de incineración. El cadáver por tanto era incinerado, guardándose sus cenizas en una urna enterrada después o, simplemente, depositando las cenizas en un simple hoyo excavado en el suelo. Este detalle la hace similar a la de La Osera, en el castro de La Mesa de Miranda.

También, como la de La Osera, toda la necrópolis estaba dividida en distintas zonas, separadas entre sí por un espacio



Panorámica de la necrópolis durante su excavación (Archivo Cabré).



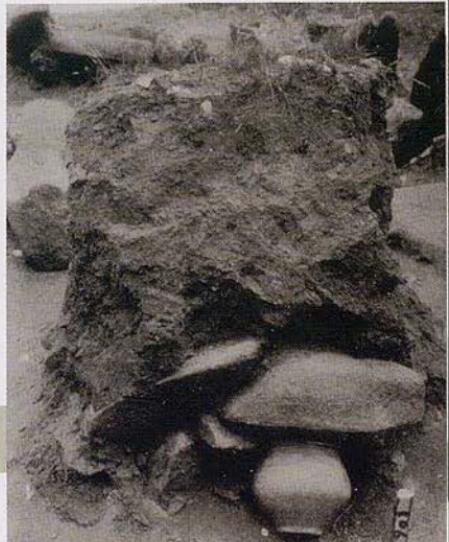
Fusayola relacionada con el hilado.

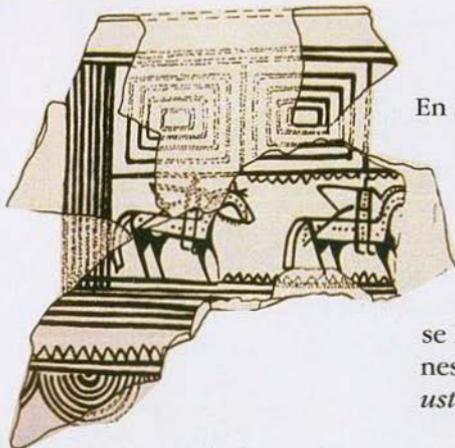


Bolas de barro decoradas
(¿objetos de juego?).

sin tumbas. En este caso eran cuatro las zonas. Todas ellas tenían como particularidad la presencia, vertical en origen, de una serie de estelas de granito, en torno a las cuales se agrupaban los enterramientos. Cuando las cenizas se depositaban en una urna ésta se tapaba con una pequeña laja. A su lado era colocado el ajuar, cuando el muerto tenía rango para ello o cuando estaban dispuestos sus familiares a amortizar de este modo armas y otros enseres. En el caso de las tumbas femeninas, el ajuar, solía ser una fusayola de la rueda para hilar o pequeñas bolitas de barro decoradas, cuya utilidad se desconoce, aunque podrían relacionarse con algún tipo de juego tal vez.

Disposición habitual de una urna funeraria
(Archivo Cabré).





En la misma zona de la necrópolis halló Cabré unos lanchares de granito en torno a los cuales había huesos quemados y algunos fragmentos de hierro. Esto fue interpretado como la pira funeraria donde se llevaban a cabo las incineraciones, denominado por los romanos *ustrinum*.

A través de los ajuares se ha podido conocer algo sobre la estructura social de los habitantes de Las Cogotas en los últimos siglos del poblado. De las 1.500 tumbas excavadas, sólo el 16% tenían algún tipo de ajuar y tan sólo en el 3% del total se asociaba al difunto con algún tipo de atribución militar, al hacerse enterrar con armas. Del total de tumbas con ajuar, sólo en el 18% se introdujeron armas. Esto parece indicar, como en otras necrópolis, que la sociedad estaba dirigida por una especie de aristocracia militar, a la que servía directamente un pequeño grupo de militares con menos poder, pero con atribuciones también militares. El resto de la sociedad, a juzgar por los ajuares, eran agricultores, ganaderos, artesanos o comerciantes o nada en particular, poco menos que esclavos del resto, como parece que era la inmensa mayoría (85%).



La visita a la necrópolis permite ver algunas de las estelas en el lugar donde fueron halladas. Ninguna de ellas permanece en pie, por lo que es preciso encontrarlas en el suelo.

Arriba: Fragmento de cerámica con guerreros a caballo pintados
Abajo: Urnas funerarias de la necrópolis (Archivo Cabré).

■ La vida cotidiana

La etapa de plenitud del castro de Las Cogotas tuvo lugar a partir de finales del siglo V a.C. En ese momento o poco después, se construyeron las murallas y seguramente fue el tiempo con mayor número de habitantes, que en cualquier caso no serían en número elevado, posiblemente en torno a 200-300, repartidos entre 50-70 viviendas.



Restos del zócalo de una casa en el primer recinto.

La construcción de las murallas debió implicar mucho trabajo, de mucha gente durante bastante tiempo y una organización social que fuera capaz de ordenar y coordinar el trabajo. Fue un lugar pequeño en comparación con La Mesa de Miranda o Ulaca. Todos ellos, junto con Los Castillejos de Sanchorreja, compusieron un grupo de castros prerromanos



Las Cogotas. Cerámica a mano decorada.



que vivieron en conjunto buena parte de los acontecimientos previos a la conquista romana y también ésta, a excepción de Los Castillejos de Sanchorreja, abandonado antes. Es muy probable que la proximidad entre todos ellos implicara una forma de asociación y complicidad en los acontecimientos que se vivieron.

Los habitantes de Las Cogotas debieron vivir de la agricultura, pero sobre todo de la ganadería, porque el territorio circundante es potencialmente más ganadero que agrícola. Conocían el hierro, con el que fabricaban, sobre todo, armas y herramientas,

utilizando el cobre, el oro y la plata para adornos y piezas de lujo. Los habitantes de Las Cogotas utilizaban cerámicas a mano y también a torno, éstas sólo a partir del siglo IV a.C., generalizándose en el III a.C. Entre las fabricadas a mano son muy características las que tienen decoración denominada *a peine*, consistente en arrastrar por la superficie del vaso, aún con la pasta fresca, un peine con varias púas, cuya huella eran un conjunto de líneas paralelas. Este tipo de cerámicas son muy propias y particulares del sur de la Meseta Norte.

En Las Cogotas, como en todos los demás castros de la misma zona, un grupo reducido de indi-

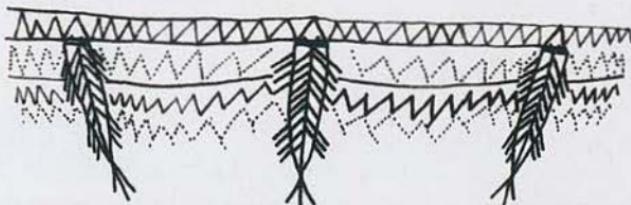


Arriba: Las Cogotas. Vaso cerámico procedente de la necrópolis (Archivo Cabré).
Abajo: Las Cogotas. Funda de puñal procedente de la necrópolis (Archivo Cabré).



Reconstrucción del ambiente del castro durante el siglo IV-III a.C.
(Dibujo de S. Arribas, G. Ruiz Zapatero y J. Álvarez Sanchis).

viduos gobernaba sobre el resto en una estructura social compuesta por una sociedad fuertemente jerarquizada. Sus poderes militares quedan muy patentes a través de los ajuares funerarios. Determinados individuos en la cúspide de la pirámide jerárquica, serían quienes controlaban la economía y, sobre todo, el comercio, nutriendose ellos los primeros, por categoría y por medios, de los objetos de lujo, de carácter exótico, que llegaban desde muy lejos y que con su exhibición contribuían a aumentar su prestigio y distinción social. El desarrollo del comercio en este tiempo posibilitaba la circulación de tales mercancías, pero también la existencia de receptores adecuados, que eran las minoritarias clases más pudientes. Ellos dirigían y promovían la guerra, capitaneando la sociedad a la hora de llegar a pactos y acuerdos con otros pueblos.



Representación piscícola en un fragmento de cerámica de Las Cogotas.

La población debía dedicarse fundamentalmente a los trabajos del campo, pero también habría grupos especializados en determinadas tareas, como por ejemplo alfareros, de los que es buena muestra el hallazgo de un alfar en el segundo recinto. Con ellos habría también herreros y comerciantes, encargados estos de la distribución de las producciones locales y de las que llegaban de lejos.



Las Cogotas. Fibula de bronce representando un caballo.



Cabeza de caballo en barro.



Ávila. Verraco de piedra de Las Cogotas en la plaza Adolfo Suárez.

■ Las esculturas zoomorfas

En directa asociación a este castro se ha encontrado, al menos, un ejemplar completo de cerdo y otros dos fragmentados, uno de cerdo y otro posiblemente de toro, así como uno más, abandonado en el curso de su fabricación. Todos, menos el ejemplar inacabado, que se encuentra en el segundo recinto prácticamente como una roca más, aparecieron fuera del complejo amurallado, pero en la zona inmediata. El completo se encuentra en la Plaza del Alcázar, en Ávila. Los dos incompletos están en el Museo de Ávila.



Verraco abandonado sin terminar.





Vista del castro desde el mirador.

La vista de todo el entorno del castro es excepcional desde lo alto de la *cogota* mayor, compuesto por rocas de gran tamaño. Así mismo una visión muy completa del castro y sus defensas es posible desde un mirador construido al lado izquierdo del camino principal, inmediatamente antes de la rampa que finaliza en el aparcamiento.



La Peña Caballera desde Las Cogotas.

Para saber algo más de Las Cogotas

- ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R.; RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO, A.; BENITO, J.E. y ALONSO, P.: "Las Cogotas: Anatomía de un oppidum vettón". En: M. Mariné y E. Terés (coords.), *Homenaje a Sonsoles Paradinas*. Asociación de Amigos del Museo de Ávila. Pp. 73-94. Ávila. 1998. (En librerías especializadas de Ávila y en el Museo de Ávila).
- CABRÉ AGUILÓ, J.: *Excavaciones en Las Cogotas, Cardenosa (Ávila). I. El Castro*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 110. Madrid. 1930. (Libro agotado. Puede encontrarse en bibliotecas especializadas).
- CABRÉ AGUILÓ, J.: *Excavaciones en Las Cogotas, Cardenosa (Ávila). II. La Necrópoli*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 120. Madrid. 1930. (Libro agotado. Puede encontrarse en bibliotecas especializadas).
- KURTZ, W.S.: *La necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares. Revisión de los materiales de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España)*. B.A.R. Int. Series nº 344. Oxford. 1987. (En librerías especializadas).
- RUIZ ENTRECANALES, R.: *Guía del castro de Las Cogotas (Cardenosa, Ávila)*. Cuadernos de Patrimonio Abulense nº 4. Diputación de Ávila. Institución Gran Duque de Alba. 2005. (En librerías de Ávila).



Vista del embalse de Las Cogotas desde el castro.

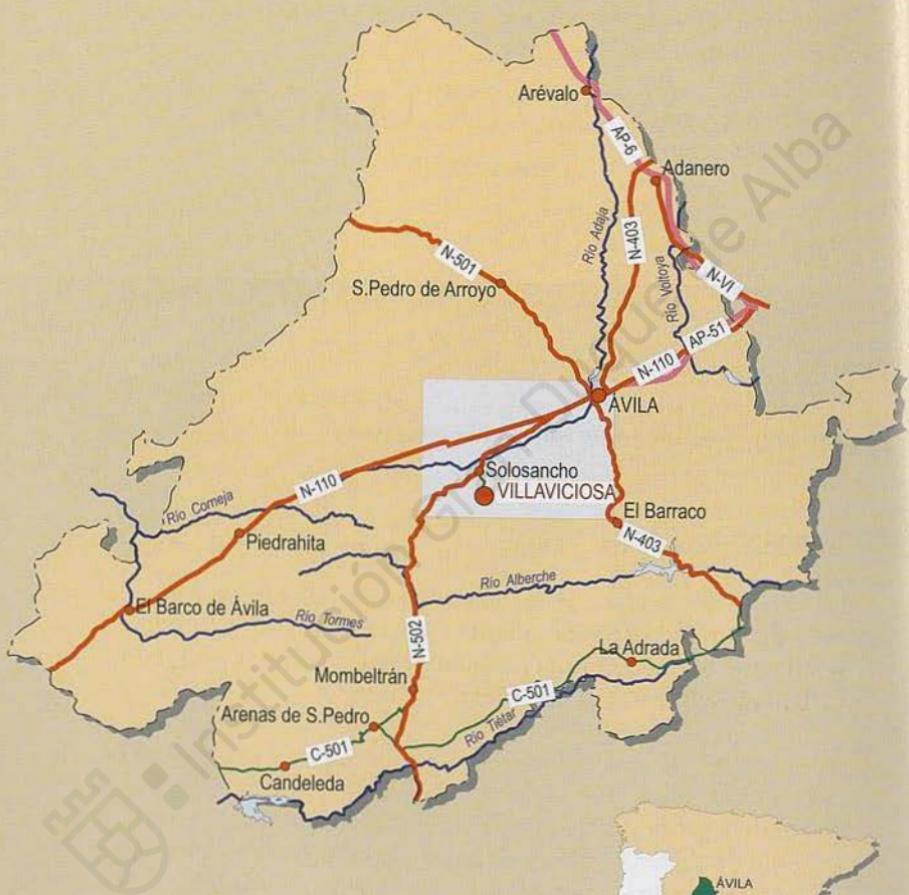


Institución Gran Duque de Alba

CASTRO DE ULACÁ

(SOLOSANCHO)





Hay dos razones fundamentales para visitar el castro de Ulaca: conocer un paraje de una belleza muy singular, con el granito y la altitud como protagonistas, y viajar al pasado a través de un testimonio de máxima representatividad. El paisaje se caracteriza por conjugar la vista sosegada del Valle Amblés, como una llanura enmarcada entre montes y sierras y la de las sierras constituidas por enormes peñascales de granito, adoptando todo tipo de singulares formas.

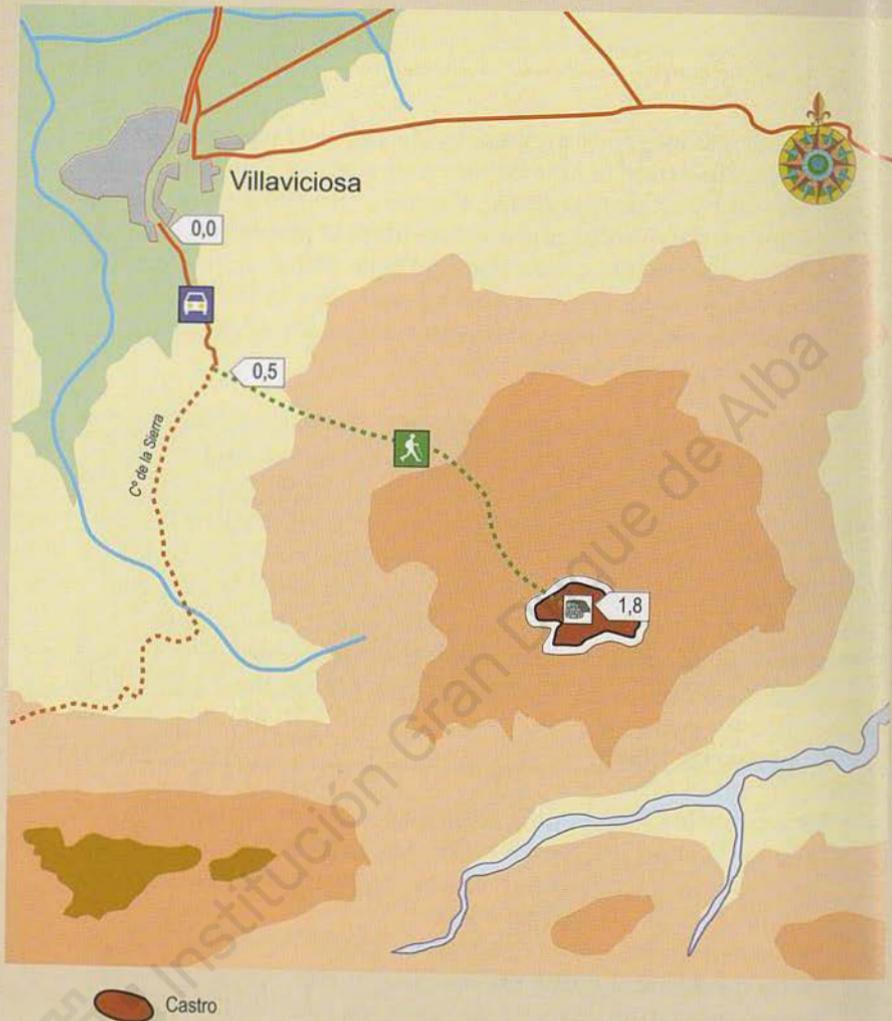
El acceso desde Ávila dista 23 km en dirección suroeste, a través de la Ctra. Nacional 110 hasta el cruce con la Nacional 502, y ésta hasta Solosancho. Desde allí, la carretera local que conduce a Villaviciosa. El vehículo puede dejarse en Villaviciosa o acceder con él por el camino de la sierra durante algo menos de 1 km hasta una pequeña explanada/aparcamiento en la que un cartel marca el comienzo de la ruta.

El castro de Ulaca

Es uno de los yacimientos arqueológicos más importantes del final de la Edad del Hierro en la Meseta Norte. Algunos de los restos que se encuentran en él son prácticamente únicos, como el llamado *altar de los sacrificios*.

Corresponde al siglo III y II a.C., es por tanto el castro de fundación más tardía de todos los abulenses. En ese tiempo constituyó un *oppidum* típico del momento que se vivía, conociendo todos los avatares previos y de la propia conquista romana. Uno de los factores de su importancia es su clara preeminencia sobre los demás castros del entorno. Ulaca fue el castro más importante de toda la zona, un centro político y seguramente religioso, referencia inequívoca para los vettones de una amplia zona.

En 1931 fue declarado Conjunto Histórico-Artístico. En la actualidad es Bien de Interés Cultural con categoría de *Zona Arqueológica*.

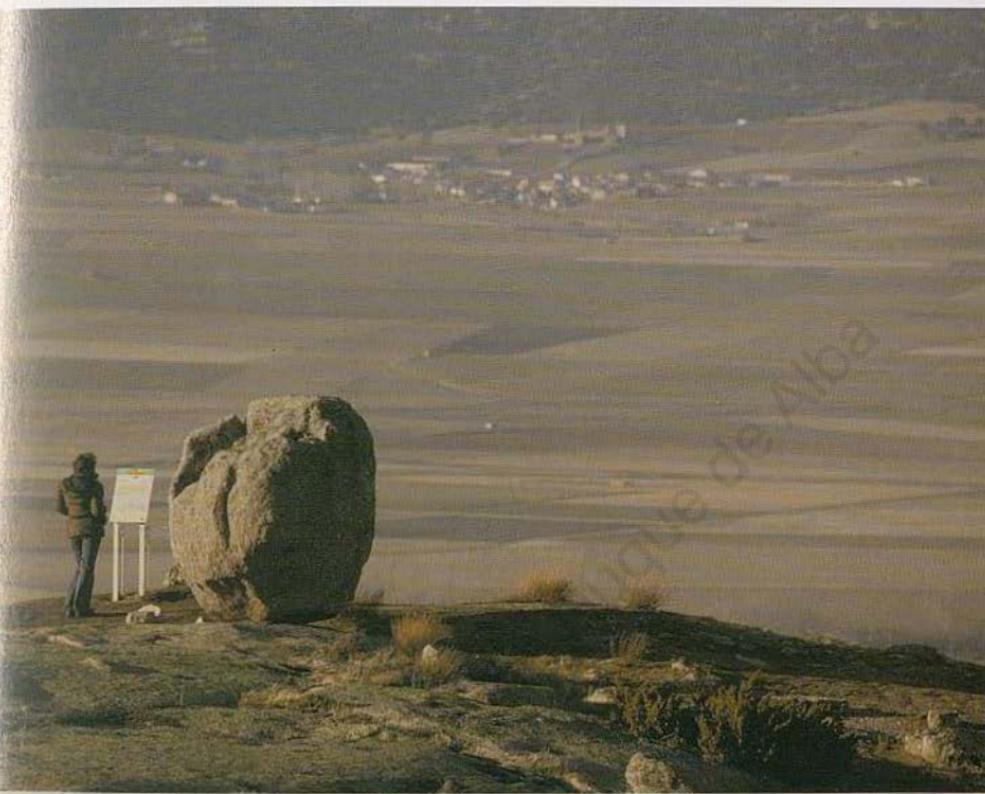


HIPSOMETRÍA

Menos de 1.200 m	
1.200-1.300 m	
1.300-1.400 m	
1.400-1.500 m	
1.500-1.600 m	

SÍMBOLOS

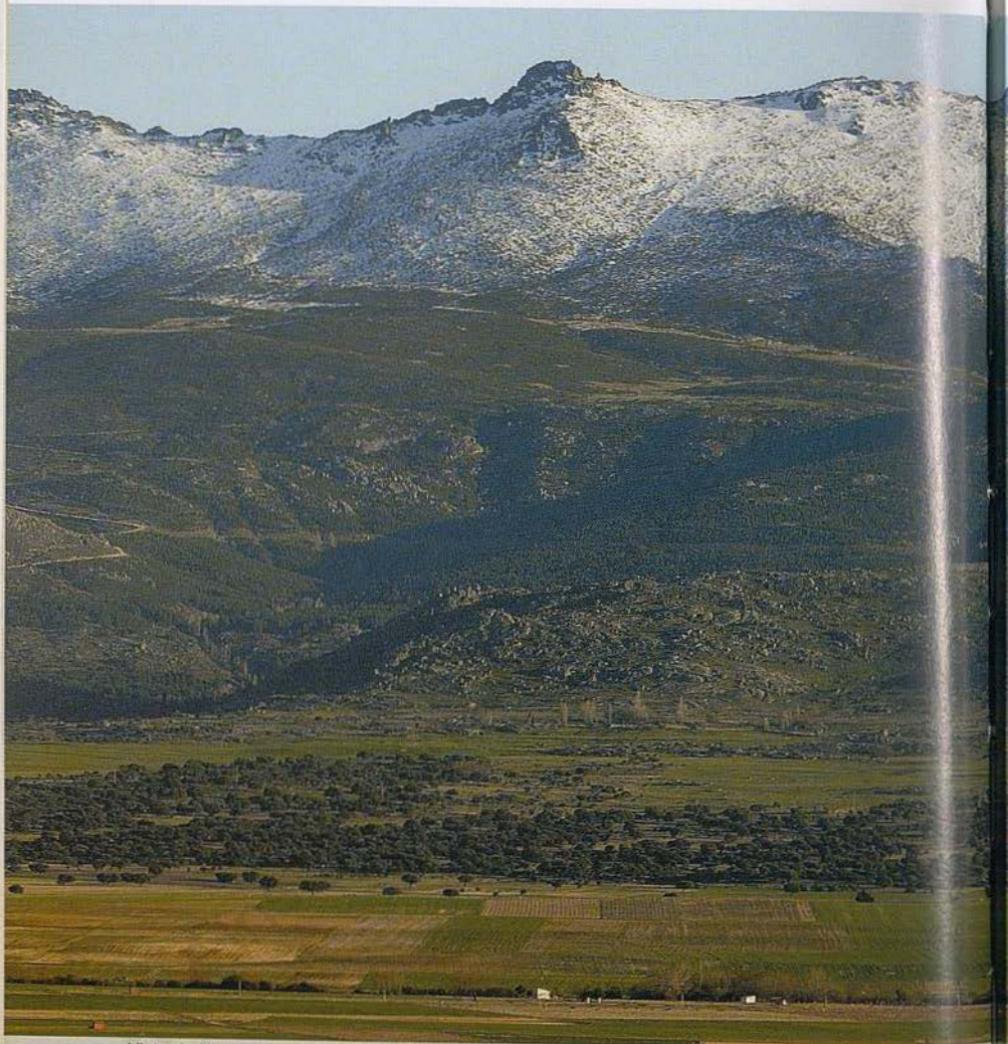
- Carretera
- Pista/Acceso automovil
- Senda/Acceso a pie
- Distancia kilométrica
- Castro/Escultura zoomorfo
- Pinturas rupestres



En Ulaca, al fondo el valle (R. Delgado).

Se encuentra señalizado y adaptado para la visita pública. Ésta es gratuita todos los días del año.

Los puntos de máximo interés arqueológico se encuentran dentro del recinto amurallado, en lo alto del cerro. Estos puntos son: las murallas en todo su entramado, el altar de los sacrificios, la *sau-na ritual*, el *torreón*, las casas excavadas, las canteras y la multitud de casas no excavadas todavía pero bien reconocibles. A todo ello hay que unir la percepción desde lo alto de lo que fue una de estas ciudades de la antigüedad, con el dominio visual que implicaba y la autoridad sobre el entorno.



Vista de Ullaca desde el Valle Amblés (R. Delgado).



El acceso al castro se hace exclusivamente a pie, por una senda marcada con hitos de piedra con cabecera pintada de amarillo. Toda ella es ascendente en más de 1 km. Puede resultar costoso debido a la inclinación, pero si se hace a un ritmo pausado, es entretenido y la dificultad se reduce. El tiempo medio estimado de ascenso puede ser de 35 a 50 minutos.



El cerro de Ulaca desde el norte (R. Delgado).

El castro de Ulaca se encuentra en pleno Valle Amblés, sobre un imponente cerro que constituye la última estribación de la Sierra de la Paramera antes del valle. Desde la amplia meseta que lo corona, a 1.500 m de altura (unos 400 m más alto que el llano circundante), la vista del valle es excepcional, adoptando tonalidades distintas según la época del año, como consecuencia de los cultivos y de la preparación previa de la tierra.

La elección de este lugar, bien visible, prominente y dominador de todo el territorio en su entorno, tuvo que ver mucho con su importancia en la antigüedad. Se trata de un auténtico *oppidum*



El cerro de Ulaca desde el este.

prerromano, que, como en todos los casos, además de ser una plaza fuerte bien fortificada, era centro de producción y distribución de productos, con decisiva implicación en las rutas comerciales y en la distribución de determinados productos. Las estructuras monumentales construidas en él debieron conferirle, además, un carácter de centro religioso y ceremonial. El castro de Ulaca fue para su tiempo una auténtica ciudad, constituyendo, con toda seguridad, una referencia para todos los castros de las inmediaciones. Componen el castro las construcciones de lo alto del cerro, encerradas dentro de una muralla y lo que podrían calificarse como barrios extramuros, enclavados en distintos lugares favorables de la ladera y la base del cerro. En la zona más alta del castro hay actualmente varios manantiales que en otro tiempo servirían para el suministro de agua a la población.

Las **investigaciones arqueológicas** basadas en excavaciones han sido muy breves hasta el momento. Conocido para la ciencia desde principios del siglo XX, no se llevaron a cabo investigaciones de una cierta importancia hasta 1975 y 1976 en que E. Pérez Herrero excavó dos casas en la zona central, que hoy se encuentran consolidadas y restauradas. Desde entonces hasta la década final del siglo XX, no volverá a investigarse directamente en él. A partir de entonces y hasta la actualidad se desarrolla un proyecto de investigación basado en excavaciones y prospecciones, dirigido por los profesores de la Universidad Complutense G. Ruiz Zapatero y J. Álvarez Sanchís.



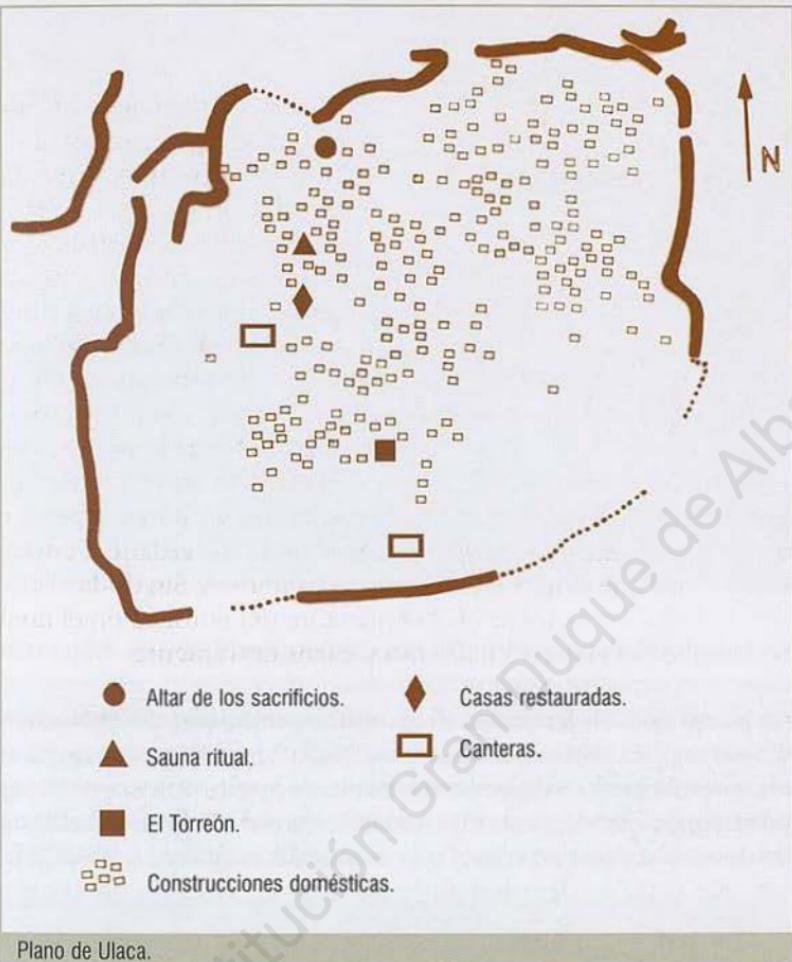
Restos de la muralla norte cubriendo el espacio entre dos rocas.

El sistema defensivo del castro implicaba, primero, su posición preeminente y elevada sobre el Valle Amblés y, luego, las fortificaciones artificiales con las que reforzaron su defensa, adaptando las murallas al relieve para rentabilizar mejor el esfuerzo que implicaba su construcción. Las murallas cercan toda la meseta del

cerro, encerrando con ello una superficie de unas 60 ha, lo cual le convierte por sí sólo en uno de los yacimientos más extensos de la Iberia céltica. Para hacerse una idea de su verdadera envergadura hay que sumarle los *barrios* extramuros. Sin duda el castro de Ulaca fue el lugar más importante del entorno en el final de la Edad del Hierro, cualitativa y cuantitativamente.



Valle Amblés en primavera desde Ulaca.



Plano de Ulaca.



Muralla en la ladera oeste.



Puerta de la muralla oeste.

La muralla abarca una longitud total de unos 3.000 m. Es prácticamente continua, interrumpiéndose sólo cuando aparece adosada a grandes canchales de granito que hacen de bastiones defensivos. El mínimo de anchura es de 2 m. El aparejo implica un trazado lineal al que se suman torreones en determinados puntos muy estratégicos. El sistema de construcción es el habitual de doble paramento, con el que la muralla adquiere solidez, a la vez que evita su derrumamiento total en caso de un ataque directo a ella.



Derrumbes correspondientes a la muralla del oeste.

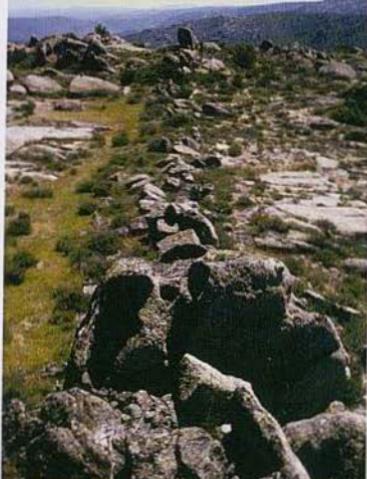


Puerta y torre de la muralla oeste.

En la zona sur del castro, la más alta, la muralla estaba en trance de construcción cuando fue abandonada. Resulta un caso curioso que implica detalles muy interesantes de la historia de Ulaca. Puede verse la primera hilada ya colocada e incluso, en algunos puntos, las piedras que esperaban a su lado para ser colocadas por los especialistas en ello. A unos metros están las canteras de las que habían salido tales piedras. Algunas se ven recién cortadas, otras con los



Detalle del aparejo de la muralla.



Muralla sur abandonada en el inicio de su construcción.

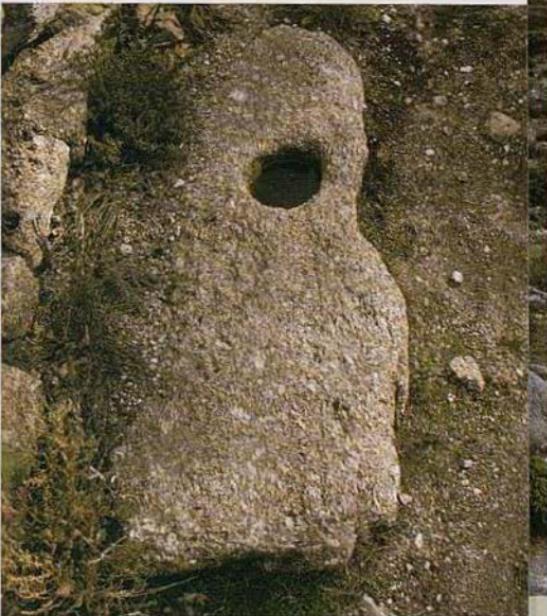


Puerta oeste de acceso al castro restaurada.

agujeros en el lanchar para proceder a la corta. La zona sur, debido a sus condiciones y a la fuerte pendiente que a partir de ella se produce hacia el arroyo de Los Molinos, no debía estar en origen defendida por murallas. Pero determinados peligros inminentes obligaron a plantearse su amurallamiento. Sin duda aquellos peligros debieron estar bien fundados, puesto que no dejaron terminarla de construir.

Tuvo varias puertas, garantizando el acceso desde los puntos más funcionales para el castro. Las más importantes estaban por el noroeste, norte y oeste. La puerta al oeste fue construida en esviaje, con dos lienzos en posición paralela, dejando un estrecho callejón por el que el acceso era bien vigilado. En la zona noroeste, la defensa busca complicar el acceso con varios lienzos sucesivos hasta el principal, con el fin de ir desgastando a los atacantes. Aquí las puertas y sus inmediaciones están restauradas de forma que puede entenderse bien el sistema defensivo. Donde no se han hecho trabajos de recuperación, los lienzos pueden seguirse a través de los grandes derrumbes que aparecen diseminados por la ladera.

Conformado el principal **recinto urbano** con el trazado de la muralla y teniendo en cuenta la configuración natural en pendiente de la meseta, se distinguen dos zonas: la más alta y la más baja. Ambas están diferenciadas por la calidad de sus construcciones, suponiendo, la primera de las dos, una especie de acrópolis en clara diferenciación con el resto, lo cual debió implicar su diferencia también conceptual.



Puerta de la muralla norte. Gozne.



Reconstrucción de la vida en Ulaca en el siglo II a.C. (Dibujo de Arquetipo).



Construcciones domésticas restauradas.

Todo lo que se puede denominar como recinto urbano está integrado por multitud de construcciones correspondientes a las viviendas. Se han reconocido unas 250 casas intramuros, unas veces aisladas, otras adosadas, en conjunto sin una configuración urbana clara y planificada. La visita detenida al castro permite ir las identificando a través de grandes amontonamientos de piedras, producto de los derrumbes o por las alineaciones que todavía se conservan a ras de suelo. Son de planta rectangular, con superficies que oscilan entre 50 y 250 m² y con mayor o menor cantidad de habitáculos interiores, generalmente entre dos y cinco. Uno de estos es el principal, posiblemente dedicado a la cocina, donde estaba el hogar. Las paredes eran de mampostería y previsiblemente, el techo con entramado vegetal. La mayor parte de ellas tenían la puerta orientada hacia el este.

Hay dos excavadas y restauradas, de forma que permiten entender como eran las de tipo más simple. Se distingue el habitual banco corrido adosado a una de las paredes, en el que según las fuentes solían sentarse a comer encabezados por orden de edad.



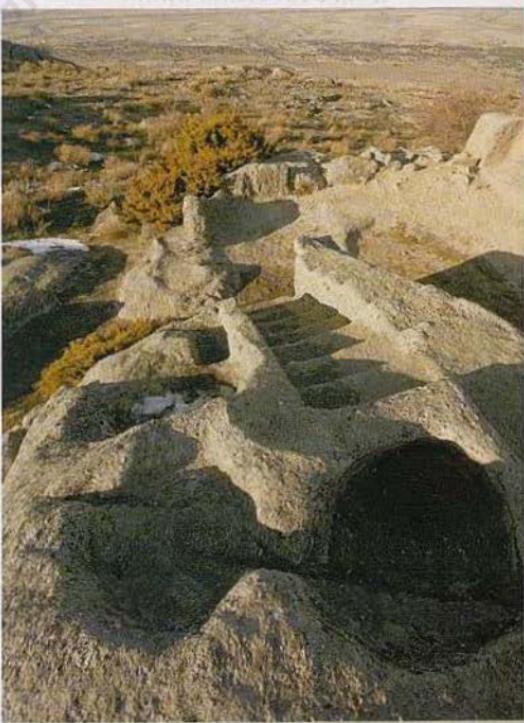
Complejo conocido como Altar de los Sacrificios.

Muy importantes del castro de Ulaca son los **edificios públicos** dedicados, supuestamente, a prácticas rituales, de culto... etc. Son tres principalmente: el altar de los sacrificios, la sauna y el torreón. El *santuario o altar de los sacrificios* es un recinto de 16 x 8 m excavado



Roca tallada con escaleras del altar de los sacrificios.

en la roca, que se compone una peña granítica más o menos en el centro y un recinto, igualmente excavado en la piedra, que la aco-
ge y delimita. La primera es una roca en la que se ha tallado una
doble escalera que conduce a una pequeña plataforma en la que se
han excavado varias cavidades
comunicadas entre sí, como si
los líquidos que fueran a conte-
ner debieran pasar de unas a
otras. Son muy escasos los
monumentos similares a éste.
Por su similitud con el de la loca-
lidad portuguesa de Vila-Real,
donde una inscripción de época
romana lo identifica con la prá-
ctica de sacrificios, puede pen-
sarse que el de Ulaca estuvo
destinado también a tal fin. Es
conocido por las fuentes de la
época, que los sacrificios huma-
nos y de animales, relacionados
con prácticas rituales, se cele-
braban entre las poblaciones vet-
tonas. De hecho en la cercana



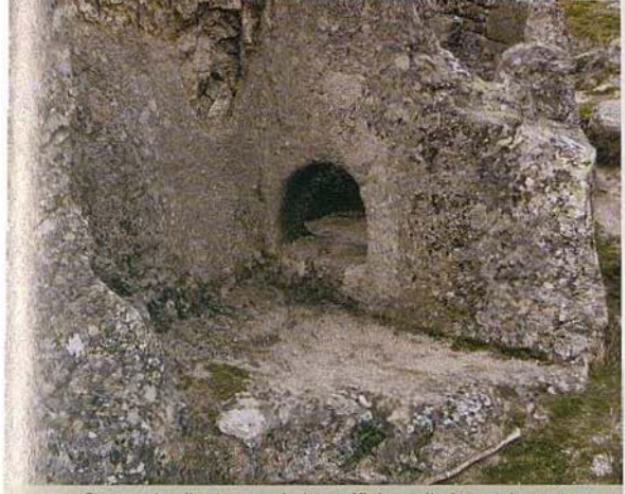
Cavidades en lo alto del altar de sacrificios
(R. Delgado).

Bletisama (Ledesma, Salamanca) el historiador Plutarco cuenta como a principios del siglo I a.C. el procónsul P. Craso se molesta por el sacrificio de un hombre y un caballo a propósito de la firma de un tratado de paz entre ciudades y prohíbe que vuelvan a llevarse a cabo este tipo de prácticas. Por asociación con el de Vila-Real, puede pensarse que en el de Ulaca también se llevaran a cabo prácticas entre las que estuvieran los sacrificios.

La llamada *sauna* fue un recinto excavada en la roca que dista poco menos de 100 m al sur del altar de los sacrificios. Es una construcción rectangular de 6 m de largo dividida en tres compartimentos que hacen las veces de cámara, antecámara y horno, todo ello dentro de un recinto acotado de 32 x 24 m Se interpreta como un lugar iniciático de los citados por las fuentes de la época para los pobladores de la Meseta. En ellos, los jóvenes a partir de determinado momento, pasarían por determinados rituales en los que el calor, el vapor y otros efectos les conferirían derechos y deberes. Se encuentra bastante degradada pero pueden reconocerse claramente sus características.



Roca tallada interpretada como sauna ritual.

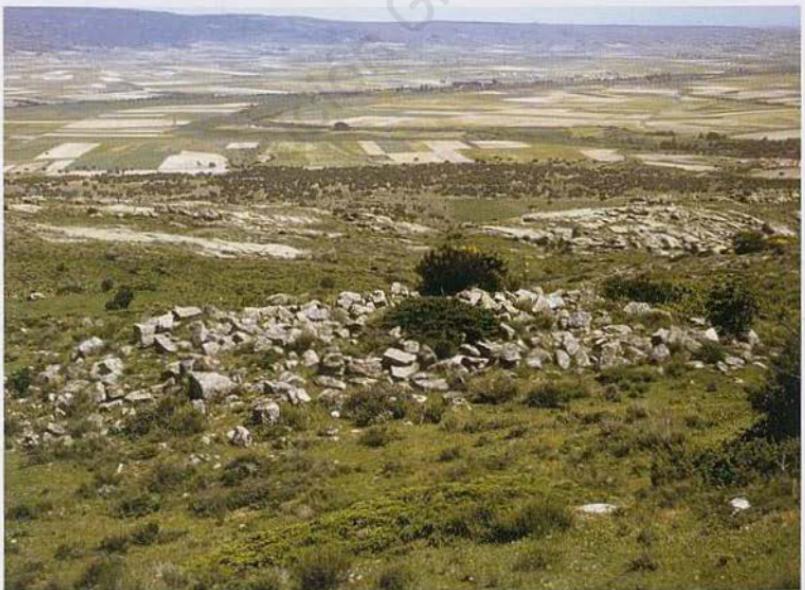


Sauna: detalle de uno de los orificios tallados en la roca.



R. Díngido

El *torreón* fue un edificio de aparejo ciclópeo en la zona alta del castro, la que debió hacer las funciones de acrópolis. Tuvo una superficie de 14 x 10 m. En la actualidad está completamente derrumbado a pesar de la solidez que implicaría su construcción, con grandes bloques cuadrados y rectangulares de piedra. Su función no está clara. Algunos investigadores han creído ver en él una especie de atalaya desde la que se controlaba todo el perímetro amurallado del castro.



El Torreón. Construcción de aparejo ciclópeo demolido.

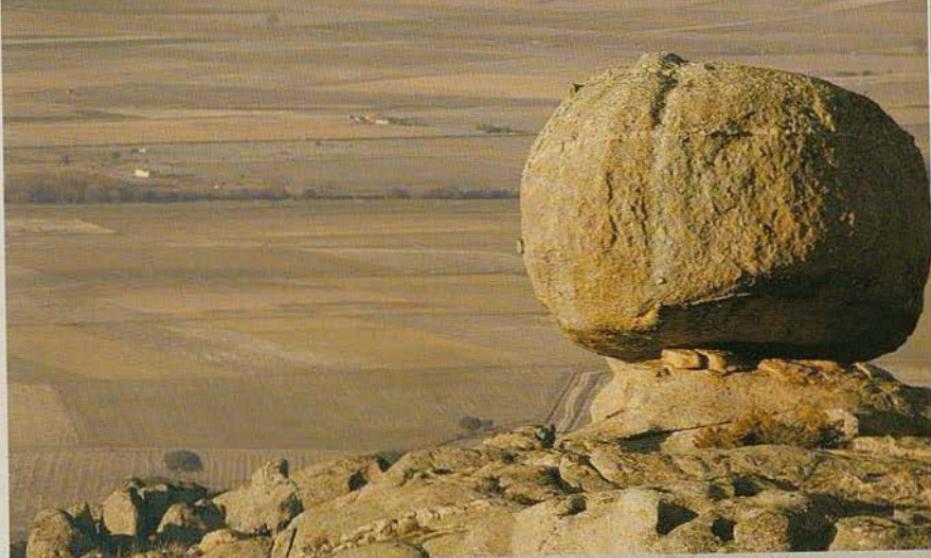
Otro de los atractivos interesantes son **las canteras**. Pueden reconocerse en diversos puntos del castro. Se trata de los grandes lanchares de granito de los que se extraían las piedras para las construcciones. Hay varias repartidas por todo el perímetro amurallado. Una de las más elocuentes se encuentra inmediata a las casas excavadas y restauradas, además de las ya aludidas en la zona de las proximidades a la muralla sur.



Canteras en activo del castro abandonadas en plena actividad.



Reconstrucción del ambiente de trabajo en una de las canteras de Ulaca (Arquetipo).



Gran peña caballera en la zona norte de Ulaca (R. Delgado).

Resultará interesante planificar una visita al castro de Ulaca recorriendo toda la línea de muralla que rodea la meseta del castro. Puede partirse de una de las puertas del sector oeste, tomando dirección norte, para retornar a ese mismo punto tras recorrerla toda. Con ello se aprecia mejor el sistema defensivo que tuvo el castro, a la vez que se contemplan paisajes graníticos, inmediatos y lejanos, de gran belleza y representatividad. Es una ruta ideal para volver a Ulaca después de una primera visita más



Paisaje granítico en suroeste de Ulaca.

elemental. Puede resultar interesante para llevarla a cabo con niños, pero sobre todo para mayores sin prisas, ávidos de comprender, contemplar y descubrir *in situ* los innumerables aspectos que componen este castro y le hacen un yacimiento lleno de matices propios del tiempo que le tocó vivir.

Esta ruta complementaria permite, también, descubrir y contemplar zonas menos visitadas del castro, como son la noroeste y la sureste. Un descanso sobre los enormes canchales graníticos al lado de la muralla, lleva, entre múltiples sensaciones, a contemplar las praderas y picachos de las estribaciones del pico Zapatero o a escuchar deliciosamente el ruido de fondo del arroyo Picuezo, que baja joven y loco de la montaña.

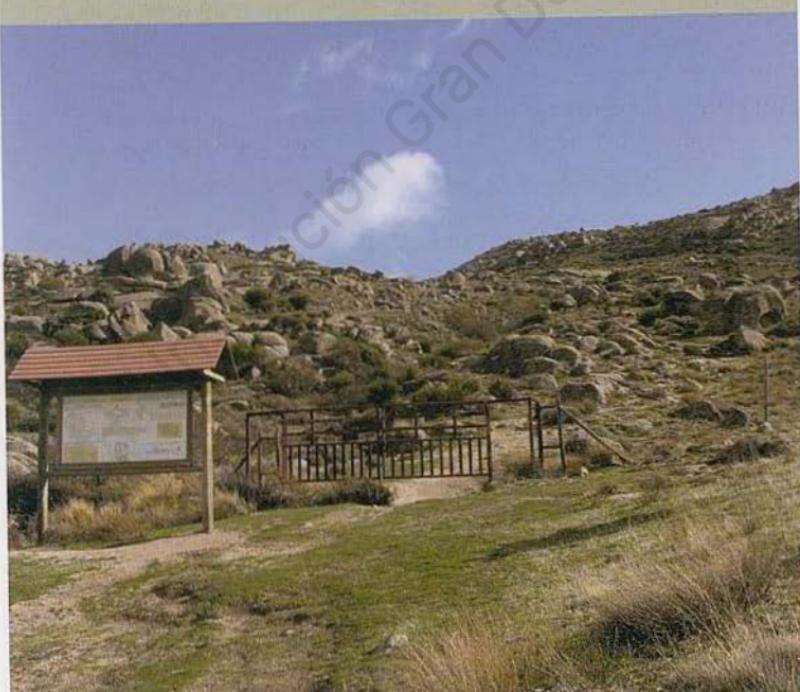
En las inmediaciones del castro se han encontrado varias **esculturas zoomorfas** de granito relacionables con el castro. Las más próximas han aparecido en el término de Solosancho. Una de ellas, bien conservada, se encuentra delante de la iglesia de Solosancho y representa un toro. Otra, bastante degradada, está delante del castillo de Villaviciosa. En el vecino término de Sotalvo han aparecido al menos otras tres de estas esculturas.



Solosancho. Toro de piedra procedente de las inmediaciones de Ulaca.

Cualquier época del año es buena para una excursión al castro de Ulaca. Sin embargo puede planificarse en función del estado del Valle Amblés y de los colores que adopta según la época del año de que se trate y las correspondientes actividades agrarias que en él se llevan a cabo. Especialmente bella es la vista durante la primavera con los colores del cereal o en el inicio del otoño, cuando se aran las tierras del valle y las arboledas de los cauces fluviales adoptan los colores habituales del otoño.

La visita debe hacerse con tiempo suficiente para observar los restos arqueológicos. Un día completo en el castro, descubriendo todos sus secretos, puede ser fascinante. Es un lugar ideal, también, para excursiones con niños. Nunca estará de más haberse documentado suficientemente antes de iniciar una visita.



Inicio del acceso al cerro de Ulaca.



Sector norte. Restos de una casa construida con sillares.

Para saber más sobre Ulaca

- ALMAGRO GORBEA, M. y ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R.: "La Sauna de Ulaca: Saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, nº 1. Pp.- 177-253. 1993. (En departamentos universitarios de Arqueología).
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ SANCHÍS, J.R. "Ulaca, la Pompeya vettona". *Revista de Arqueología* nº 216. Pp.-36-47. Zugarto Ediciones. (En librerías especializadas).
- RUIZ ZAPATERO, G.: *Guía del castro de Ulaca (Solosancho, Ávila)*. Cuadernos de Patrimonio Abulense nº 3. Diputación de Ávila. Institución Gran Duque de Alba. 2005. (En librerías de Ávila).



Institución Gran Duque de Alba

ÍNDICE

Presentación	5
Introducción	7
El Centro de Interpretación de la Cultura Vettuna en Ávila	11
El Tiempo de los Castros. Ambientación histórica	15
Castro de La Mesa de Miranda. Chamartín	25
Castro de Las Cogotas. Cardeñosa	55
Castro de Ulaca. Solosancho	83



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

**8 Guía Arqueológica de
Castros y Verracos.
Provincia de Ávila**

Jesús R. Álvarez Sanchís

**9 Guía de los castros visitables
en el entorno de Ávila.**

J. Francisco Fabián García



J. Francisco Fabián García es doctor en Prehistoria y Arqueología. Realiza su labor profesional como Arqueólogo Territorial de la Junta de Castilla y León en Ávila.

GUÍA DE LOS CASTROS VISITABLES EN EL ENTORNO DE ÁVILA



Fondo Europeo de
Desarrollo Regional
Interreg III A España - Portugal



Direcção-Geral do
Desenvolvimento Regional



Inst. Gran
903.2(46)



Portugal-Espanha
Cooperação Transfronteiriça
INTERREG III A
Cooperación transfronteriza
España-Portugal